18

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR

EDICIONES UVE

18 BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 28.283-1981.
ISBN: 84-85609-96-4.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

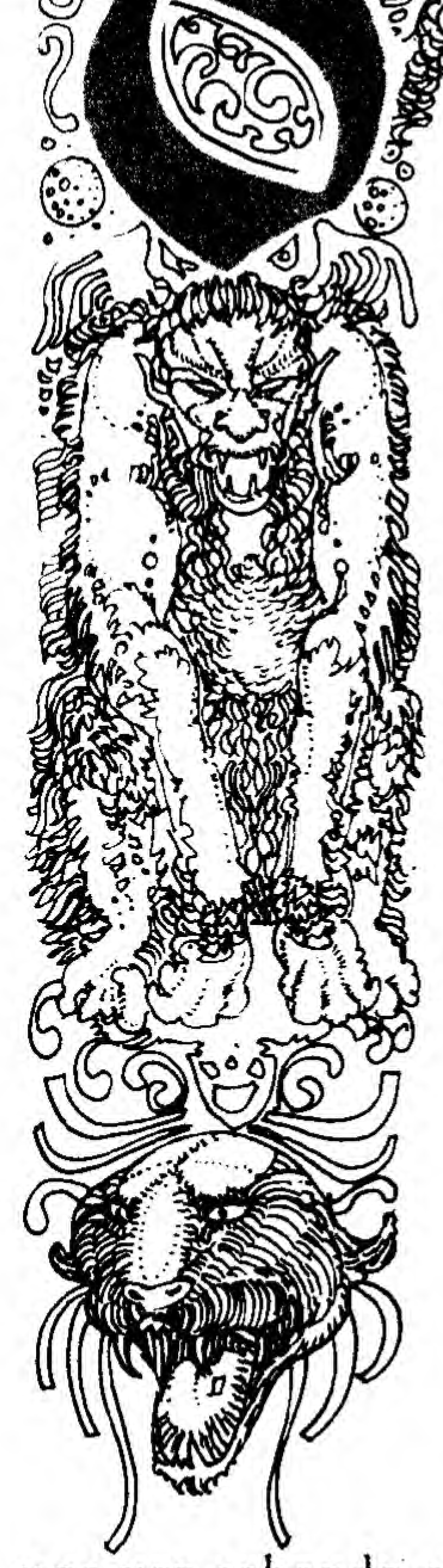



Las
profundidades

Las profundidades

P. Martín de Cáceres

De pronto, una negra sima se abrió ante ellos y ambos se precipitaron en el vacío pensando que iban a encontrar la muerte al estrellarse contra el fondo de la gruta. Pero les esperaba algo peor, algo que nunca hubiesen podido imaginar, en la intrincada red de pasadizos de aquel laberinto prehistórico...



OBSERVEN cómo las rugosidades del techo sirven para poner de relieve el lomo de los animales. Aquí hay un ciervo —continuó el guía con voz cansina—. Los hombres prehistóricos golpeaban con sus hachas de piedra estas pinturas creyendo que de ese modo propiciaban la caza.

—¿Cómo que propiciaban la caza? —preguntó Marta.

—El animal pintado no era una representación, sino, en cierto modo, la misma presa. Les parecía lógico que si herían un bisonte pintado en la pared ocurriera lo mismo con el que andaba libre por los bosques —explicó el guía.

—Lo mismo que tú —cuchicheó ella al oído de su esposo.

—¿Qué insinúas?

—Te he sorprendido más de una vez sobando el desplegable de *Play Boy*. ¿Estabas propiciando la caza?

—Por favor, Marta —rogó él.

—¿Qué pretendías la semana pasada cuando lanzaste un dardo a la fotografía de mi madre?

—¿Yo?

—Sí, mosquita muerta —añadió ella lacerante—. Ya me parecía a mí que tu cerebro tenía algo de prehistórico.

—Te lo ruego, Marta.

—Porque un poco antiguo sí que eres.

—Te van a oír.

—Hace tiempo que he perdido las esperanzas de que me arrastres a la cama asiéndome por los cabellos. ¿No era así como estos tipos se declaraban? —preguntó levantando la voz.

—¿Cómo dice, señora? —inquirió el guía.

—Que si los prehistóricos arrastraban a sus muñecas hasta el catre tirándoles del pelo. He visto fotos.

—No sé qué decir —opinó el cicerone.

—Está bien —concedió Marta—. Siga con su rollo.

Algunos de los miembros del grupo hicieron comentarios en voz baja, pero la mayoría decidió no darse por enterada; Marta se separó un poco de los demás y, arrimándose a la pared, bebió un sorbo de un botellín metálico que extrajo de su bolso.

—No se queden atrás, por favor —pidió el guía—. Ni entren en las cuevas laterales, porque podrían perderse.

—Que más quisiera yo que perderme con aquel rubio —musitó Marta al oído de su marido—. ¡Pero qué soso eres! —añadió.

Víctor la tomó por el codo y apresuró el paso para reunirse con los demás visitantes. Ella se hizo la remolona.

—Mi hombre prehistórico —ronroneó—. Dame un beso salvaje.

—Por favor, Marta.

—«Por favor, Marta» —le imitó—. No tienes agallas. ¡Alfeñique!

—No seas así.

—Aquí pueden observar —explicó el guía— dos ciervos prácticamente superpuestos.

Marta se llevó la mano a la frente y la agitó mirando a su marido, que la contempló colérico. Luego ella prorrumpió en una sonora carcajada que atrajo la atención del grupo.

—¿Qué miran? —preguntó desafiante con los ojos turbios por el alcohol—. ¿Soy yo acaso un bisonte?

—No conocemos el significado de estas huellas de mano estampadas en la roca— refirió el cicerone, procurando concentrar al grupo en torno a sí.

—Qué falta de imaginación —manifestó Marta mirando fijamente al rubio—. Brrst... —añadió, y chascó la lengua para desenredarla.

—Estás dando un espectáculo —masculló Víctor apretándole con fuerza el brazo.

—¡Mejor! —profirió ella desafiante. En los ojos de Víctor brilló por un momento una chispa homicida.

—No me soliviantes, Marta.

—Qué más quisiera yo —repuso echándose un nuevo trago al coleto.

Los últimos componentes del grupo se perdieron tras una curva y Víctor, aprovechando que nadie los veía, arrebató el botellín de manos de Marta y lo arrojó con fuerza dentro de una de las cuevas laterales.

—¿Qué has hecho, imbécil? —gritó ella, y se precipitó en busca del recipiente metálico. Víctor corrió tras ella con deseos de estrangularla en la oscuridad. Marta, con ayuda de una pequeña linterna que extrajo de su bolso, escudriñaba el suelo de la cueva tratando de encontrar el preciado líquido.

—Allí está —dijo al ver algo brillando a unos metros de distancia, y se precipitó hacia el interior de la gruta. Pero cuando se aproximó pudo comprobar que lo que relucía era una roca bañada por la humedad.

—¡Indecente! —murmuró dando un traspiés.

—Marta, no te alejes —rogó Víctor sin atreverse a doblar el recodo.

—¡Gallina! Ayúdame a buscarlo.

—Vuelve, Marta. Compraremos otro.

—Yo no quiero otro. Quiero éste, y ahora.

Sus pies tropezaron con un objeto metálico, y el botellín salió despedido violentamente hacia el interior.

—Ya lo tengo —musitó ella, y se adentró haciendo eses en pos del recipiente.

—Espera, nena —rogó él internándose también en la oscuridad—. A ver si vas a perderte.

—Qué más quisieras tú.

Cuando Víctor llegó al lado de su mujer, ésta había dado fin al líquido contenido en el botellín, y se apoyaba en una de las paredes rocosas. Poco a poco fue resbalando y Víctor trató de impedir que llegara al suelo. La asió por un brazo, pero ella se derrumbó arrastrándole en su caída.

—Cre... creí que no ibas a decidirte nunca —farfulló ella.

—Vamos, nos van a echar de menos —y la ayudó a levantarse con dificultad a causa de su peso.

—Agárrame por el pelo.

—Por favor, dame la linterna.

Caminaron unos metros retrocediendo, y de pronto se encontraron con que la cueva se ampliaba formando una pequeña plazoleta que sin duda habían cruzado antes. La luz de la linterna iluminó la bifurcación.

—Por aquí —dijo Marta señalando con un dedo comprobaron que tan sólo se trataba del resplandor

—Es por ésta otra —replicó Víctor seguro de sí mismo.

—Te digo que es por aquí. ¿Crees que estoy borracha?

—¿No ves el reflejo de la luz al fondo? —Pero al llegar al punto en que parecía brillar la luz artificial, comprobaron que tan sólo se trataba del resplandor producido por el haz de la linterna al incidir sobre un fragmento de roca cristalina.

—Es por el otro lado —concedió él, y retrocedieron hasta que, de nuevo en la bifurcación, tomaron el otro camino. Tras marchar unos minutos, Víctor se detuvo.

—¿Por qué te paras?

—¿No ves que el suelo se inclina? Vamos cuesta abajo.

—Estás borracho —afirmó Marta con lengua de trapo—. Vamos subiendo.

—Retrocedamos hasta la plazoleta. ¿Gritamos para que nos oigan?

—¡Cagueta! —barbotó ella—. Ven acá —y tomándole del brazo prosiguió la marcha con decisión, alumbrándose con la linterna. Al cabo de unos minutos se detuvo, y volviéndose hacia Víctor dijo: ¿Se puede saber qué pretendes?

El permaneció silencioso.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Quería que vieras las cuevas, nenita.

—¡Al diablo con tus cuevas! Digo aquí dentro. ¿No habrás pensado en deshacerte de mí?

—No es momento de bromas.

—Víctor que te conozco —declaró ella—. Si yo hubiera hecho caso a mi madre. ¡No te acerques! —exclamó al ver que él la tomaba del brazo, y desasiéndose, echó a correr tropezando con las rugosidades del suelo.

—¡Espera! —gritó Víctor al quedarse a oscuras—. ¡La linterna! —Y salió en pos de su esposa.

Los pasos de ambos resonaron contra las paredes y el eco los multiplicó hasta el infinito.

—¡Espera, Marta!

—¡Ahí te pudras! —farfullaba ella dando traspiés.

De pronto, una sima se abrió ante Marta, que a duras penas consiguió detenerse, pero Víctor, fijos sus ojos exclusivamente en el débil haz de luz de la lintera que portaba su esposa, no logró pararse a tiempo y chocó contra ella. Dando un gran alarido, los dos se precipitaron en el vacío pensando que iban a encontrar la muerte al estrellarse contra el fondo de aquella chimenea. El único pensamiento de Marta fue asir fuertemente la linterna y protegerla contra su cuerpo.

Cuando Víctor recuperó el sentido se encontró en la más absoluta oscuridad. Tardó unos minutos en saber dónde se hallaba, y de súbito recordó la caída.

—¡Marta! —gritó, pero tan sólo le respondió el eco. Tenía el cuerpo dolorido, pero ninguna fractura, al parecer—. ¡Marta! —repitió.

—¡Asesino! —dijo ella muy cerca—. ¡Ay, mi cabeza!

—La linterna. ¿Tienes la linterna?

—Eso es todo lo que te preocupa, ¿verdad?

—¿La tienes o no?

Por toda respuesta, Marta oprimió el pulsador y un reconfortante haz de luz iluminó la escena. Se hallaban en el fondo de una chimenea inclinada. Sin duda la caída no había sido en vertical, sino que, después de un pequeño salto, habían rodado hasta el final de la cueva. De ahí las magulladuras y rasguños.

—¡Socorro! —gritó Marta— ¡Ayúdennos, por favor!

—¡Favor! —exclamó Víctor más circunspecto.

Luego permanecieron silenciosos, pero hasta ellos no llegó el eco de ninguna respuesta.

—Tenemos que salir de aquí. Seguramente ya estarán buscándonos.

—No puedo moverme —dijo ella—. Me duele todo el cuerpo.

—¿Quieres quedarte aquí —preguntó Víctor levantándose. Sentía un dolor especialmente agudo en el hombro derecho.

—Yo tengo la linterna.

—Trae acá —dijo él arrebatándosela de un manotazo.

De pronto, los dos permanecieron silenciosos. Un sonido de tono muy grave parecía haber llegado desde muy lejos hasta donde se encontraban. Continuaron inmóviles durante algunos minutos, pero aquello no volvió a producirse. Luego, con grandes dificultades a causa de las magulladuras y de lo resbaladizo de la roca, comenzaron a ascender por la chimenea inclinada.

—¿Cuánto calculas que hemos descendido en la caída?

—Treinta y seis metros —repuso ella tajante.

—¿Treinta y seis metros?

—¿Y cómo demonios quieres que yo lo sepa? —repuso agriamente.

—Todo consiste en subir —dijo él, deseando que así fuera—. Y hemos de llegar arriba antes de que se acaben las pilas.

Al cabo de una hora de lenta ascensión encontraron la entrada de otra cueva y se adentraron por ella. Dieron con una nueva bifurcación, y poco más tarde, se hallaban completamente desorientados.

—Me parece que hemos ascendido demasiado. Si hubiéramos caído desde esta altura nos habríamos matado. ¿No has visto la entrada de ninguna otra cueva al subir?

—¿Por qué apagas la linterna? —preguntó Marta.

—Mientras estamos hablando. Así ahorramos pilas.

Si no fuera por la humedad ambiental la temperatura hubiera sido muy agradable. Marta se estremeció, no obstante, pensando en las toneladas de roca que podía haber sobre su cabeza.

—¡Auxilio! —gritó, haciendo que Víctor se estremeciera.

De nuevo se oyó un sonido espeluznante. Era como si alguien estuviera soplando dentro de un cuerno gigantesco. El grave mugido penetraba, más que por el oído, a través del diafragma y se dirigía al cerebro haciendo vibrar las entrañas.

—¿Qué es eso? —preguntó Marta.

—Puede que una señal de los que nos están buscando. ¡Aquí! ¡Aquí! —gritó Víctor. El sonido aquel volvió a dejarse oír, pero más alejado.

—Se van —susurró Marta, y tomando un fragmento de roca comenzó a golpear contra la pared.

—¿Por qué haces eso?

—Este ruido tiene que oírse muy lejos. Seguro que la roca transmite la vibración.

Golpeó cinco veces de forma espaciada y después se detuvo a escuchar. Como no llegara ninguna respuesta volvió a percutir, y esta vez se escucharon unos porrazos lejanos y desordenados, una especie de salvaje golpeteo que alarmó a Víctor, más que tranquilizarle. Marta dio tres golpes seguidos y dos más espaciados. Si los que les buscaban eran sagaces

responderían del mismo modo. Hubo una pequeña pausa y luego un concierto desordenado y febril de golpeteos, esta vez más cerca.

—No des más golpes, Marta —recomendó Víctor. Bajo la mortecina luz de la linterna su rostro ofrecía el aspecto de una máscara con gesto preocupado.

—¿Por qué? ¿No ves que responden?

—Por eso mismo —repuso él—. Y baja la voz.

—No quiero —afirmó testaruda, y volvió a repetir la señal. Tres golpes, pausa, y dos golpes más. Un ruido ensordecedor y descompasado se oyó a menos de cien metros. Era como si una docena de personas enloquecidas hicieran sonar otros tantos tambores percutiendo sobre ellos sin compasión.

—¿Has oído? —dijo Marta disponiéndose a golpear nuevamente contra la pared. Víctor se lanzó sobre ella para tratar de impedírselo.

—¡Déjame —se resistió ella—. ¡Suelta!

De pronto se hizo un silencio denso en las profundiades. Algo había suspendido su marcha. Se produjo un vacío de sonido como el que se crea segundos antes de que suene una campana o se entrechoquen los timbales. Víctor volvió el rostro hacia todos lados y Marta prestó atención suspendiendo la piedra en su mano como si en lugar de percutir contra la pared hubiera de usarla en breve como arma arrojadiza. El silencio se hizo tan denso que zumbaron sus oídos. De pronto brilló una luz en el recodo de la cueva, y una décima de segundo después se oyó un griterío ensordecedor e inhumano. Una tromba de extraños seres, no se sabía si hombres o animales, se precipitó sobre el matrimonio blandiendo garrotes y piedras. Víctor y Marta recibieron tal lluvia de golpes que perdieron el sentido antes de poder averiguar quiénes eran sus atacantes.

En su delirio, Víctor vio manadas de bisontes salvajes que se lanzaban contra él. Docenas de ciervos enfurecidos que pretendían ensartarle con sus cuernos. Furiosos mamuts que le amenazaban con puntiagudos incisivos. Decenas de flechas que se clavaban en su

cuerpo. Marta se sintió arrastrada salvajemente por los cabellos y brutalmente mordida en sus pechos. Alguien golpeaba sobre una imagen suya pintada en la pared de roca, y luego feroces sombras la perseguían hasta darle alcance.

Víctor experimentó un hambre feroz al tiempo que despertaba. Tenía la impresión de haber hecho un largo viaje, y le dolían las muñecas y los tobillos igual que si hubiera estado suspendido por ellos durante mucho tiempo. Se pasó la mano por el rostro y comprobó que tenía barba de varios días. En la cueva no había ningún punto de luz, pero un leve resplandor penetraba a través de la entrada, y por medio de aquella mortecina claridad pudo ver a Marta echada a sus pies. Su cabello estaba en completo desorden y se encontraba atada de pies y manos.

Aproximándose a ella sin hacer ruido, desligó sus muñecas y trató de reanimarla suavemente. Al cabo de unos momentos abrió los ojos y de su garganta emergió un grito que fue ahogado mediante la mano de Víctor aplicada a su boca.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella en un susurro.

—Muy cerca del mar —repuso su esposo.

—¿Nos han rescatado?

Un murmullo como de olas que se estrellaran con suavidad sobre la playa llegaba hasta sus oídos.

—¿El mar? —se extrañó ella.

De pronto un feroz gruñido se dejó oír a sus espaldas. Marta se encogió sobre sí misma temiendo el ataque de un animal salvaje. En la penumbra de la cueva se delineba la silueta de una gran bestia de estatura casi humana. La aparición dio un salto hacia ellos, y pudieron comprobar que el recién llegado era un hombre... o un pariente cercano.

De talla inferior a la normal, a lo que contribuía su postura encorvada, tenía el cuerpo casi enteramente cubierto de vello. Los largos brazos le colgaban hasta la altura de las rodillas, y sus piernas, ligeramente zambas, terminaban en unos pies que se asían fuertemente a la roca que pisaban, de igual forma que

hacen algunos simios. Su cabeza, en la que crecía una desordenada cabellera, era voluminosa en exceso y muy alargada, y la frente, en la que se destacaba un arco supraorbital muy saliente, se hundía hacia atrás. La robusta mandíbula inferior, carente de mentón, prestaba al rostro un aspecto salvaje.

Aquel ser dio un nuevo salto hacia ellos. En la mano blandía un arma rudimentaria que blandió mientras gruñía amenazadoramente. De pronto, un segundo desconocido entró por la parte trasera de la cueva, y abalanzándose sobre el primero, le asestó un fuerte golpe con un hacha constituida por un garrote y una afilada piedra. El que les había amenazado se derrumbó fulminado, y su atacante, lanzándose sobre él con saña bestial, le golpeó repetidas veces en la cabeza hasta que, ante los horrorizados ojos del matrimonio, logró hundir su sólida caja craneal y la masa encefálica se desparramó por el suelo salpicando el rostro de Marta, que lanzó un grito de horror.

El primitivo ser continuó martilleando sobre el cráneo de su enemigo hasta que lo redujo a una pulpa sanguinolenta. Después mostró los dientes en dirección a la mujer y emitiendo un gruñido dio media vuelta y desapareció balanceándose sobre sus cortas piernas. El cadáver destrozado se agitó convulsamente un momento y pareció intentar incorporarse a pesar de hallarse descabezado, después quedó definitivamente inmóvil.

—¿Dónde estamos? —preguntó Marta horrorizada— ¡Oh, Dios mío! ¿Que pesadilla es ésta?

Víctor permaneció mudo a causa del terror. Finalmente emitió un hondo suspiro que terminó en sollozo.

—No puede ser —dijo al cabo de un momento—. Esto no puede ser cierto. Y levantándose con dificultad se fue arrastrando hasta la salida de la cueva.

—No me abandones, Víctor —gimió ella.

Desde donde se encontraba, Víctor pudo comprobar que lo que al despertar había tomado por el rumor de las olas era un gran torrente subterráneo que

cruzaba por aquellas profundas regiones. Las aguas fluían a borbotones y se aproximaban a intervalos regulares hasta la entrada de la cueva en la que se encontraban.

—Estamos en un mundo subterráneo —musitó aproximándose de nuevo a Marta.

—¿Cuánto tiempo hace que nos perdimos?

Víctor se acarició la barba.

—No lo sé.

—¿Y estos salvajes? —preguntó ella—. ¡Sácame de aquí, Víctor! —rogó.

—No sé dónde estamos, Marta. Seguramente muy lejos de la superficie de la tierra.

Se oyó ruido de pasos y la claridad aumentó. Víctor se acurrucó junto a su esposa procurando no mostrar que se había movido de sitio. Varios hombres, y quizás entre ellos alguna mujer, entraron en la cueva portando dos teas que, al permitir una visión más perfecta, pusieron de manifiesto ante el matrimonio la horrible fealdad de aquella raza telúrica. La fortaleza de sus cuerpos era evidente, pero en sus ojos apenas brillaba una chispa de inteligencia. Miraban distraídamente, igual que si tan sólo un diez por ciento de lo que veían fuera capaz de interesar su intención. Tan pronto se concentraban en lo que estaban haciendo como permanecían inmóviles y abstraídos, como desmemoriados. A veces atacaban la labor que estaban llevando a cabo de una forma que pudiera considerarse ingeniosa, pero, de pronto, se detenían y contemplaban ausentes la pared rocosa, como si sus limitadas inteligencias no pudieran concentrarse demasiado tiempo en una actividad determinada.

Utilizando toscamente instrumentos rudimentarios, comenzaron a descuartizar el cadáver que yacía cerca de Marta, y mientras realizaban aquella tarea no prestaron la más mínima atención a sus prisioneros, a pesar de estar casi en contacto con ellos. Tan sólo, de vez en cuando, unos ojos inexpresivos resbalaban sobre los cautivos. Un coro de gruñidos de satisfacción fue emitido por aquellas gargantas cuando uno de

ellos, dando un fuerte golpe con un hacha de piedra, hendió el esternón de la víctima. Víctor y Marta contemplaron asqueados cómo extraían las vísceras y las amontonaban cuidadosamente. Uno de aquellos seres, de manera subrepticia, se llevó a la boca un fragmento de hígado, pero inmediatamente fue descubierto y apaleado sin compasión por los demás.

Una vez que finalizó el descuartizamiento, cada cual se dedicó a devorar cuantos más fragmentos mejor, e igual que una manada de buitres, sus manos se introducían ágilmente a través de las costillas para atrapar un resto de carne pegado a un hueso o disputaban entre ellos con grandes gruñidos por un trozo que les parecía más apetecible.

Cuando tan sólo restaban los huesos mondos y lirondos, uno de ellos, con la boca ensangrentada y los cabellos sucios por hilachas de carne, se aproximó a Marta, y tocando su cuerpo, pareció sopesarla a fin de obtener una idea aproximada de algo que la aterrorizada mujer se negó a imaginar. Después, lanzando un gruñido de insatisfacción, aquella bestia prehistórica tomó entre sus manos los intestinos y un puñado de masa encefálica desparramada por el suelo y los depositó en el regazo de Marta, que se sintió morir de asco.

Como la mujer permaneciera inmóvil, la bestia la miró enseñando los dientes amenazadoramente y le golpeó con fuerza en un hombro.

—Hazlo, Marta, por favor —susurró Víctor.

—Qué... qué tengo que hacer.

—Cómetelo.

—No puedo... no puedo —gimió ella sintiéndose enferma. El gorila humanoide volvió a enseñarle los dientes.

—Por el amor de Dios, come —repitió su esposo.

Marta tomó con mano temblorosa un fragmento de tejido sanguinolento y muy lentamente fue llevándoselo a la boca, pero sus labios se cerraban con obstinación, y en su garganta sintió los espasmos previos al vómito.

—Haz un esfuerzo —pidió Víctor.

Marta se introdujo aquello en la boca y masticó el pingajo de tejido muerta de asco. Apenas había intentado tragárselo, experimentó náuseas y lo vomitó. Los prehistóricos seres, una vez que hubieron satisfecho su apetito, dejaron de prestar atención a la pareja y se tumbaron a dormir muy cerca de ellos. Las antorchas fueron consumiéndose, pero, antes de que se apagaran, Víctor contempló las pinturas rupestres que cubrían las paredes y el techo de la cueva. Desde alguna parte llegó el mugido de una bestia.

Levantándose con precaución, hizo una seña a Marta para que permaneciera en silencio. La cueva por la que discurría el torrente estaba débilmente iluminada por teas impregnadas en alguna sustancia animal. La entrada y la salida del agua eran de tan exiguas dimensiones que una huida a través de aquel conducto hubiera significado la muerte segura, eso suponiendo que aquel camino no les condujera a regiones todavía más profundas. En un extremo de la pared rocosa parecía abrirse un portillo, y Víctor, pegado al muro, fue acercándose con ánimo de explorar las posibilidades de fuga. Ya se hallaba a un metro escaso de la abertura cuando tropezó con un fragmento de roca. Algo gigantesco se movió en la oscuridad, y un mugido bestial hirió sus oídos. Dentro de aquel otro ámbito se agitaron formas inmensas y de perfiles ya olvidados por los hombres. Extrañas bestias prehistóricas, cuya silueta sólo es posible contemplar en los libros de historia, pastaban en aquella especie de inmensa cuadra, y él había venido a turbar su paz.

Temiendo que los mugidos despertaran a sus captores, regresó a la cueva. Varios de ellos parecían haber hecho ya la infame digestión y, sentados en grupos, iban despiojándose por turnos. Al grupo se habían añadido algunas crías, tan bestiales y hurañas como sus mayores. Marta, entre semejantes bestias, parecía la imagen misma de Afrodita, y Víctor sintió

que, dentro de la penosa situación, su corazón se enternecía.

Ninguno de los seres aquellos se molestó siquiera en mirarle cuando entró. Debían estar muy seguros de que, por aquel lado, la huida no era posible.

—¿Qué has visto? —preguntó Marta en voz baja.

—Animales —repuso él—. No hay salida por esa parte.

—¿Qué va a ser de nosotros? —sollozó—. ¿Qué pretenden?

Víctor contempló un momento los huesos pelados del que habían devorado considerando que, al fin y al cabo, la víctima pertenecía a la misma raza de los verdugos, pero no se atrevió a expresas sus pensamientos en voz alta.

Tras mucho tiempo de permanecer en aquel cubículo, las antorchas se fueron consumiendo, y acurrucados unos junto a otros, las criaturas subterráneas se dispusieron al descanso. Víctor y Marta, fatigados por aquel cúmulo de emociones, sintieron que también les rendía el sueño. El último pensamiento de Víctor antes de quedarse profundamente dormido fue que, en aquellas profundas regiones, la comida no debía de ser fácil de encontrar. Marta, aterrorizada, consideró cuán poco atractivas eran las criaturas femeninas de aquella raza, y sin atreverse a seguir más allá el hilo de sus pensamientos, se durmió.

Al cabo de varias horas fueron despertados por la luz de las teas y los rugidos de la manada. Muy cerca de Víctor, dos de aquellas criaturas le contemplaban con sus fauces entreabiertas y palpándose el estómago. Uno de los machos de la tribu estaba dibujando sobre la roca dos siluetas humanas: una de ellas en posición vertical, la de un hombre; la otra, que sin duda era la representación de Marta, aparecía tumbada.

Una vez que el improvisado artista dio fin a su tarea, uno de sus congéneres, tomando un hacha de piedra, se aproximó a la pared de roca y comenzó a golpear la representación del hombre. Bailoteaba sobre sus extremidades inferiores, y lanzando gruñidos

de satisfacción, fingía herir la estilizada silueta. Víctor tembló de pies a cabeza al ver aquello.

Al poco rato, una de las hembras, tomando a su vez un arma de piedra tallada, se acercó al lugar donde se encontraban las pinturas recientes, y golpeó salvajemente la imagen de Marta, pero un macho le propinó un gran empujón y la frustrada hembra se refugió en el grupo experimentando algo parecido al llanto y lanzando furiosas miradas a Marta.

Poco después, todos los machos de la manada, incluyendo las crías, se fueron aproximando a las pinturas y comenzaron a herir con sus hachas la figura masculina. Al mismo tiempo, introducían la mano en un recipiente que contenía una tintura rojiza y plasmaban la silueta de sus palmas sobre la representación femenina. Al cabo de un rato la frenética danza llegó al paroxismo.

Uno de aquellos seres, llevándose a sus fauces una especie de cuerno, sopló por él emitiendo un sonido potente y grave. Inmediatamente cesó el baile, y las miradas de todos se fijaron en Marta y en Víctor. Después, cada cual se proveyó de un arma lítica, y tomando dos teas encendidas, hicieron entrega de ellas a los confusos prisioneros. A continuación toda la tribu abandonó la cueva en dirección al ensanchamiento por donde discurría el torrente.

—Tenemos que huir —dijo Marta temblorosa. Víctor permaneció en silencio—. Allí al fondo hay dos salidas —añadió ella—. Huyamos.

—Eso es lo que desean —comentó Víctor sombrío.

—¿Lo desean?

—¿Es que no te das cuenta? —repuso—. Están preparando una escena de caza y nosotros somos las presas.

—Pero... —tartamudeó ella—, si ya nos tienen prisioneros...

—Eso no les divierte. Lo que desean es jugar al ratón y al gato. En el fondo es como la caza del zorro.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos van a devorar —declaró Víctor brutal-

mente—, pero antes tienen que hacer ganas de comer.

—¡Dios mío? —exclamó Marta.

—Saben que vamos a escapar, y por eso nos han dejado solos. Apostaría incluso que van a darnos una considerable ventaja, y tenemos que aprovecharla. Es nuestra única oportunidad —y levantándose, instó a Marta a hacer lo mismo.

Sin detenerse a pensarlo, tomaron uno de los dos caminos posibles y se internaron por la cueva a paso ligero. Los distintos minerales cristalizados y las aristas de las rocas destelleaban al ser heridos por la luz de las teas.

—Tenemos que ir hacia arriba. Quiera el cielo que no nos perdamos en este laberinto subterráneo —comentó él con agitación.

—Espérame, cariño —decía Marta—. No puedo correr tanto.

—Corre, Marta, corre. Es nuestra única salida.

Durante cerca de una hora caminaron a través de un babel de túneles y galerías. El suelo parecía ascender en ocasiones y durante otros tramos se inclinaba vertiginosamente. Cuando esto ocurría tomaban una desviación lateral. Pero durante el largo rato de caminata, no dieron con ningún pasadizo que condujera directamente hacia arriba. Marta parecía fatigada, y Víctor optó por tomar un pequeño descanso, pero, apenas llevaban unos minutos de reposo, oyeron un lejanísimo griterío y un entrechocar de piedras que parecía provenir de las profundidades: se había abierto la veda.

Arrastrando a Marta, continuaron la penosa marcha blandiendo las teas, que ya se habían consumido en su tercera parte. Víctor consideraba si sería preferible caer en manos de aquella manada de seres prehistóricos y ser muertos a hachazos o perderse en aquel laberinto y perecer de hambre y de sed. También cabía la piadosa posibilidad de dar un traspiés y estrellarse contra el fondo de alguna sima.

De pronto ingresaron en un amplísimo espacio cu-

yas paredes y techo permanecían en la oscuridad al no ser suficiente la luz emitida por las teas para iluminar la magnitud de aquel ámbito. Corrieron a través de la inmensa cueva igual que si lo hicieran en una noche oscura sobre la superficie terrestre. Al cabo de una media hora tropezaron con una altísima pared que parecía ser el fin de la gran gruta. El resplandor de las antorchas no descubría ninguna salida por donde continuar la huida.

Otra vez, y ahora más cerca, se oyó el griterío de sus perseguidores. Las armas de piedra producían un sonido castañeteante que retumbaba a través de las paredes rocosas y se dispersaba multiplicándose en mil ecos que eran como el entrechocar de cientos de dientes ansiosos.

—¡Allá arriba! —exclamó Víctor alzando la tea todo lo que le fue posible.

En efecto, a unos cincuenta metros del suelo se divisaba a duras penas la entrada a un pasadizo que parecía ser la única salida visible.

—¡Hemos de subir hasta allí! —añadió.

—¡No podré ¡No podré! —gritó Marta, pero el bochornoso aire llevó hasta ellos de nuevo las vibraciones del entrechocar de las hachas, y sin esperar otra indicación, los dos fugitivos iniciaron la penosa ascensión.

En más de una ocasión estuvieron a punto de desasirse de los salientes rocosos y precipitarse al vacío, pero, desgarrándose las manos a fuerza de aferrarse a las duras aristas, consiguieron llegar hasta la cueva. Una de las teas, la que portaba Víctor escapó de su mano y descendió zizagueando lentamente hasta el suelo, donde permaneció brillando.

—¿Por qué no les dejamos flechas indicadoras? —comentó Marta sin perder su acritud a pesar de lo apurado de la situación.

—Estúpida —repuso él sintiéndose zaherido.

—A lo mejor vas a necesitar de mi influencia antes de que pase mucho rato. Más vale que me trates como es debido.

—¿Qué dices?

—Que al fin y al cabo lo que esos prehistóricos quieren hacer conmigo no va a pillarme de sorpresa. A tí pretenden convertirte en picadillo, pero yo puede que salga mejor librada. Una mujer sabe lo que le conviene hacer en esos casos —le espetó.

—¿Serías capaz de...?

—¿De ponerte los cuernos con esos melenudos? ¿Crees que estoy en la inopia? Como nos alcancen me van a dejar más sobada que una estera. Qué remedio me queda, pero si con eso me perdonan la vida estoy dispuesta a llamar cariñito al más bestia...

Víctor iba a responder a aquella provocación cuando de nuevo se oyeron los gritos de la tribu y los chasquidos pétreos, y olvidando las rencillas matrimoniales, entraron a toda prisa en la cueva, el suelo de la cual ascendía de forma tan pronunciada que al cabo de poco tiempo se hallaban los dos sin resuello.

—No puedo más —declaró Marta—. Que nos alcancen si quieren.

—Este camino va hacia arriba. Tenemos que continuar.

—No puedo —repitió ella.

Tomándola de la mano, Víctor continuó la carrera. Al doblar un recodo tropezaron con una muralla de rocas y la pareja sintió que habían llegado sus últimos momentos. Algún desprendimiento había obturado la cueva de tal modo que el camino aparecía cegado por completo.

—Tenemos que regresar —dijo él.

La respuesta de Marta se heló en sus labios al escuchar el salvaje griterio y los chasquidos de las hachas. Corriendo cuesta abajo desandando el camino, y al llegar a la boca por la que habían entrado continuaron la ascensión en vertical, aferrándose a la pared puesto que a unos diez metros más arriba se divisaba a la incierta luz de la ya casi extinguida antorcha la entrada a otro pasadizo. Pero apenas habían iniciado la subida, el confuso griterío estalló debajo de ellos. El fondo del gran ámbito, sumido en la oscuridad, fue

iluminado por el resplandor de varias antorchas, y sus portadores corrieron hasta situarse junto a la pared rocosa por la que ascendían los dos fugitivos. Víctor y Marta sintieron a su alrededor los impactos de las piedras que lanzaban los salvajes.

—¡Vamos, Marta!

—¡No puedo más! ¡Voy a desmayarme!

Gateando con una habilidad sorprendente, todos los miembros del grupo, incluso las crías, comenzaron a ascender por la pared rocosa. Los fugitivos habían llegado ya a la boca de la cueva, y lanzando una última mirada hacia abajo, se introdujeron en el pasadizo y corrieron desesperadamente. Al cabo de poco rato oyeron terribles alaridos detrás de ellos. El entrechocar de las hachas de piedra parecía resonar a pocas decenas de metros. El mugido del cuerno cegaba sus tímpanos y ellos continuaban corriendo sin descanso.

—¡Apaga la antorcha! ¡Apaga la antorcha! —pidió Marta.

—¡No tenemos con qué volver a encenderla!

—¡Apágala! —repitió ella dando un manotazo que hizo que la tea cayera al suelo.

Sumidos en la oscuridad más completa, se agazaparon contra la pared. Los alaridos de las hordas subterráneas estaban ya allí. Y cuando ya podía percibirse el resplandor de las antorchas de sus perseguidores, los gritos se hicieron más lejanos y la luminosidad se extinguió. Los fugitivos permanecieron un momento en silencio. Al cabo de un momento Víctor susurró:

—Se han ido por algún pasadizo que no hemos visto. Estamos salvados.

—¿Salvados? —preguntó Marta en un sollozo. Sus manos buscaron el cuerpo de su marido y ambos se estrecharon fuertemente permaneciendo así hasta que la fatiga les hizo sumirse en un profundo sueño.

Algún tiempo después Víctor abrió los ojos. La absoluta oscuridad le hirió de tal modo que percibió pequeñas estrellas y puntos luminosos que danzaban

ante su vista. Marta no estaba ya a su lado. Tanteó el suelo a su alrededor, pero no pudo dar con ella.

—Marta —susurró—. Marta, ¿dónde estás?

Un completo silencio fue la respuesta a sus palabras. Víctor se levantó vacilante y pegado a la pared, a fin de no desorientarse, recorrío un par de metros hacia su derecha, y después otros tantos a su izquierda.

—¿Marta? —preguntó compungido.

Pensó que ella estaría dormida muy cerca, y en cuclillas, tanteó el suelo hasta dar en la pared frontera. Una vez en el otro lado, se levantó extendiendo los brazos como un ciego hasta que sus manos tropezaron con algo.

—¡Marta! —exclamó estrechando el cuerpo.

De súbito sus manos se encontraron acariciando una poblada y grasienta cabellera, y sus dedos recorrieron en un abrir y cerrar de ojos el perfil de aquel rostro. Un grito de espantó salió de sus labios al comprender que aquella no era su esposa.

Separándose de aquel horrendo ser, dio unos pasos en la oscuridad y, yendo a chocar contra la pared, cayó al suelo. De pronto un terrible griterío ensordeció sus oídos. La manada estaba rodeándole. Se escuchó el entrechocar de piedras, y al cabo de un instante pudo observarse un resplandor. Algunos miembros del grupo se aproximaron, y Víctor pudo ver, a la luz de sus antorchas, que muy cerca de su rostro se encontraban varios otros de facciones salvajes y de mirada animal. Dio un grito horroroso y sintió que muchas manos, como tenazas de hierro, se aferraban a su cuerpo. Marta, espantada, yacía en el suelo con los ojos muy abiertos. Una de las hembras la amenazaba con un hacha de sílex.

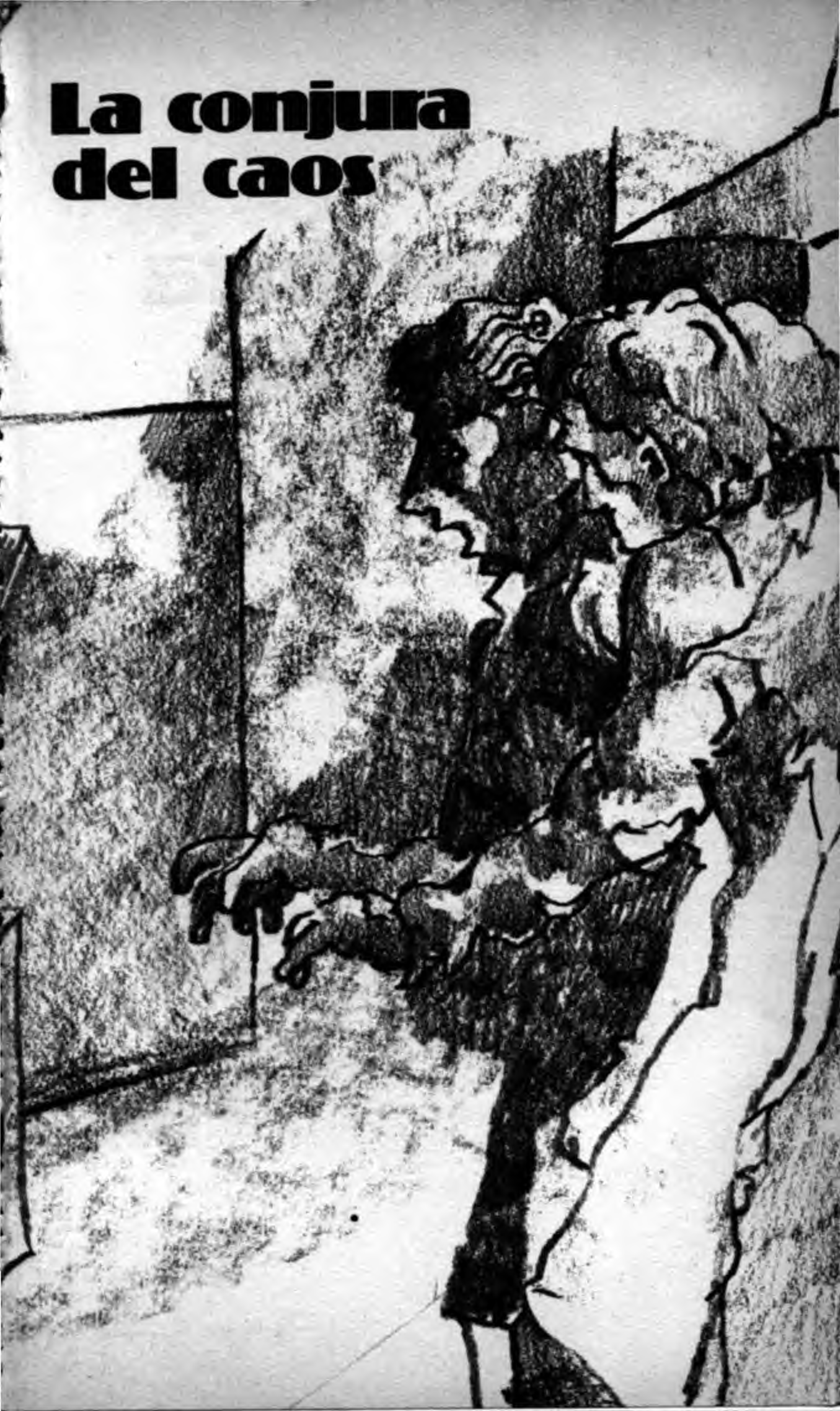
Las bestias prehistóricas le tendieron sobre el suelo, y el que parecía el más viejo, blandió un hacha sobre su cabeza y golpeó brutalmente el cráneo de Víctor. Marta lanzó un grito desgarrador. El anciano continuó golpeando, y al cabo de un instante, el cerebro de Víctor se desparramó por el suelo rocoso.

Después el resto de la manada se lanzó sobre el cadáver aún palpitante, y manejando cada cual su hacha, desgarraron el cuerpo del infortunado y lo trocearon ansiosamente. Marta, horrorizada, sintió que le faltaban las fuerzas y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, se encontraba en la misma cueva donde había despertado la primera vez que fueron hechos prisioneros. Al recordar la muerte de Víctor lloró desconsoladamente, pero en el fondo se alegraba de encontrarse con vida. Un segundo después oyó un rugido detrás de ella y comprobó aterrada que uno de los hombres prehistóricos se aproximaba al sitio donde se hallaba. El aspecto de aquella bestia dejaba pocas dudas acerca de sus intenciones.

Cuando volvió a recuperar el conocimiento notó que estaba dolorida en todo su cuerpo. No tenía fuerzas para moverse, pero, de súbito oyó un nuevo rugido a sus espaldas. Otra de las remotas criaturas se acercaba hacia ella. Marta le miró con ojos extraviados, y por su imaginación pasaron en un instante días y días, meses y años de un horrible futuro. Echada como estaba, elevó vacilantemente una de sus manos, y obedeciendo sin duda a un impulso reflejo, se atusó los cabellos y se perfiló las cejas con un dedo. A continuación se humedeció los labios con la punta de la lengua y su rostro exhibió una mueca que quería ser una sonrisa.

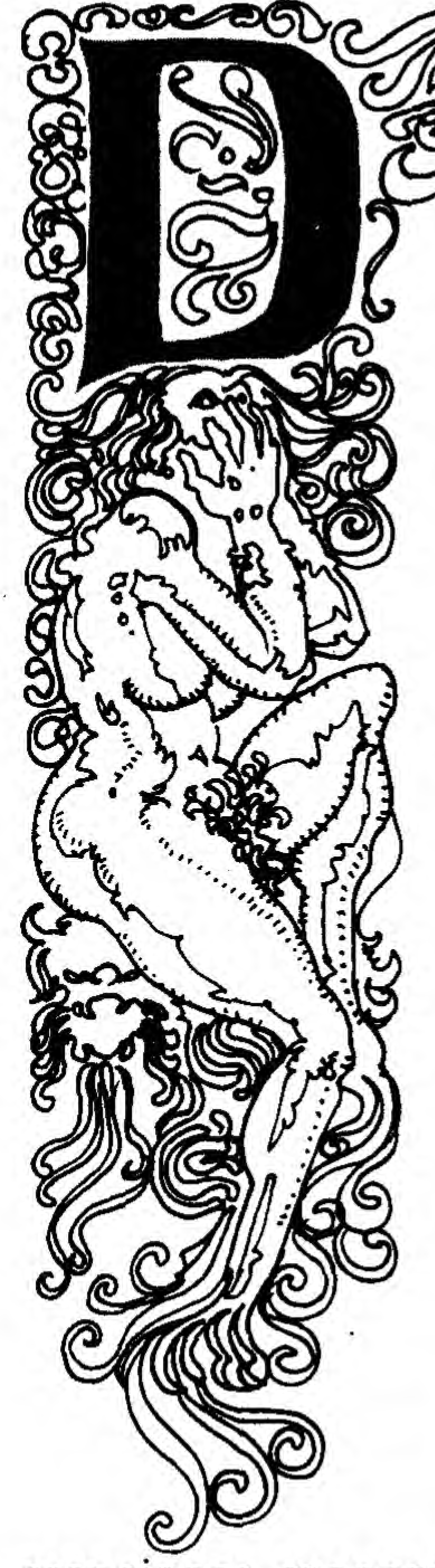



La conjura
del caos

La conjura del caos

Alfonso Alvarez Villar

«... si el arcángel que hoy en día amenaza los astros diera un paso hacia nosotros, nuestro corazón nos mataría de terror...»



E vez en cuando desaparecía un enfermo. Daba el «salto». Uno se agachaba, otro trepaba sobre sus hombros. El «escapista» subía a la «torre» y se tiraba por encima de la valla. Con frecuencia se fracturaban un tobillo.

La enfermera jefe tragó saliva. Era una mujer mayor con aspecto monjil, gafas de vista cansada y caderas frágiles. Apretaba un grueso portafolios bajo el brazo derecho.

—Entonces ya aparecerá. Nos lo traerá la familia o la policía —se limitó a contestar él.

Era ya primavera. Los expropietarios del sanatorio Psiquiátrico, una Orden Religiosa, habían plantado pensamientos y dalias en los parterres del paseo central. Ahora rebrotaban cubiertos de polvo, con nostalgia de las atenciones monacales.

—Lo curioso es que este enfermo no había intentado escaparse nunca. Llevaba aquí quince años sin plantear ningún problema.

La enfermera jefe repasó por un instante uno de los papeles del portafolios y se lo extendió a él.

La gravilla crujía bajo los zapatos. Ahora habían llegado a una plazoleta en donde, en otros tiempos,

un prior había mandado instalar una gran jaula para pájaros tropicales. Sólo había sobrevivido un inquilino, un guacamayo parlanchín de cresta pelada por la vejez.

A derecha e izquierda pabellones de paredes descascarilladas y mordidos por la yedra y otras plantas trepadoras cuya denominación escapaba a la cultura botánica de él.

Era la hora del almuerzo. Desfilaban los carritos transportados por los celadores, algunos enfermos de confianza y las auxiliares de clínica. Medias blancas sobre corvas tensadas, pantalones blancos.

—¿Qué hace usted ahí? ¿No va a comer?

Había un hombre sentado sobre uno de los bancos de piedra clavados en el perímetro de la plazoleta. Un alisio le daba la sombra.

El interpelado se levantó precipitadamente. Era un anciano de ojos hundidos, mejillas apergaminadas, barba blanca con algunos pelos amarillos como si fuesen fideos.

—Perdone usted señorita Blanca. Es que no quiero comer con él. Antes prefiero morirme de hambre.

—¿Quién es él?

La mirada del Director era glacial como la del objetivo de un microscopio.

—¿Quién va a ser? ¡El demonio!

La enfermera jefe lo aclaró.

—Lleva ya dos semanas con este delirio. Ya conoce usted el diagnóstico: demencia senil.

—Los demonios no existen. Son fantasías que les han dejado a ustedes los frailes que estuvieron aquí.

Pero flotaba la duda, medusa viscosa sobre la recia formación científica de él.

El anciano regresó a su cueva de silencio. El guacamayo intentaba atrapar una lombriz-entelequia.

—Por cierto, ¿qué tal siguen las cuatro mujeres que entraron ayer en estado de coma?

Ahora habían entrado en el recinto de las enfermeras. Una reja y, luego un muro con un portón hermético separaba el mundo del Ying del mundo del Yang, el Linga del Yoni.

Los macizos de flores aparecían más brillantes, más frescos, que sus homólogos masculinos.

Una mujer entrada en carnes y desgreñada, se levantó la falda al paso del Director, y le mostró unos muslos varicosos mientras fluía de su boca una cloaca de obscenidades.

—Vamos a verlas, Blanca.

El pabellón de Cuidados Intensivos se hallaba rodeado de sauces llorones. Una fuente recogía sus lágrimas ficticias y las trocaba en lanzas de vidrio. Se oía el bordoneo de las primeras moscas primaverales.

En la puerta del pabellón, Luisa con su uniforme inmaculado, sus cabellos negros contenidos delante por el baluarte de la cofia.

—Buenos días, doctor.

Su aliento olía levemente a alcohol y a tabaco rubio.

—¿Cómo han pasado esta noche las cuatro?

—Siguen inconscientes. Les seguimos administrando suero.

Entraron en la sala. El sol entraba a puñados, teñido de verde. Las gotitas del suero iban cayendo como perlas de un collar roto.

Cuatro mujeres, cuatro jóvenes de distinta complexión traídas ayer en una ambulancia ululante con un diagnóstico previo de Oligofrenia y que, por una casualidad difícil de explicar, habían perdido el conocimiento en diferentes lugares de la Provincia.

Las respiraciones de las cuatro enfermas distendían rítmicamente las sábanas. El miró y vio una mano renegrida por el sol de Castilla con costurones de azada y pinchazos de aguja de calceta. La mano subía y bajaba como un navío en un mar de leche.

—¿Cuándo tendremos los resultados del laboratorio?

—Ya están aquí.

Escrutó las cifras: nada de anormal.

—¿Análisis de jugo gástrico?

—Todo negativo. No se trata de una intoxicación.

Bajo el camisón de una de las cuatro, quedó al des-

cubierto un rotundo pecho, de pezón sonrosado. Auscultó.

El corazón latía rápido como una bestezuela nocturna acorralada. Pero los tonos eran claros.

Repitió la exploración en las otras tres y obtuvo los mismos datos.

—La tensión arterial es completamente normal. Se la he estado tomando yo desde ayer. Aquí están las cifras. Miré además las curvas de temperatura.

Se zambulló en los ojos de Luisa. ¡Qué magnífica era! Debajo del uniforme se apreciaba perfectamente el perfil de la grupa y el borde insidioso de la minibraga.

—Esta noche quiero verte en casa —le insinuó él con un ronco susurro, aprovechando el que la enfermera jefe hubiese transpuesto el dintel de la sala.

Sonó el teléfono en el pasillo.

—Es para usted, doctor. —Blanca parecía asustada.

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Soy Flores! ¡Acaban de encontrar al enfermo desaparecido!

—¿Dónde?

—En el sótano número dos. Me reuniré allí con usted.

Llegaba hasta allí la risotada siniestra de una demente y los graznidos de un cuervo que estaba cazando orugas en un parterre cercano.

—Luisa, han encontrado a Rodríguez. Voy allí rápidamente. Siga usted atendiendo a estas enfermas.

Le seguía Blanca con sus pasitos de jilguero nervioso.

—¿Cómo lo han encontrado, doctor?

—No lo sé. Lo sabremos en seguida. De prisa.

Delante de la bajada del subterráneo número dos, se hallaban el doctor Flores y los celadores Pedro y Anastasio.

El doctor Flores mostraba la serenidad de siempre. Sólo llevaba quince días trabajando en el sanatorio y ya se había ganado la estima y el afecto de todos los enfermos. Jugaba con ellos al fútbol o las cartas, se interesaba por sus asuntos particulares y repetía sonrisas y esperanzas en medio de aquellas tinieblas de locura.

—Ha sido algo terrible. Está muerto o, mejor dicho, peor que muerto.

Empezaron a descender por la rampa. Aún brillaban los rieles que antaño habían transportado las vagonetas. Una de ellas aparecía cubierta de orín y medio desguazada en un rincón con las ruedas hacia arriba.

—¿No hay luz?

—No. Hace tiempo la había. Encenderemos las linternas.

Llegaron a una puerta de hierro atrancada por una enorme barra. Pedro intentó descorrerla.

—¡Qué extraño! Hace apenas unos minutos parecía muy fácil.

Forcejearon. La barra se resistía.

—Déjeme a mí —intervino el doctor Flores.

Los dos robustos celadores intercambiaron miradas maliciosas. Aún llegaba hasta allí amortiguada la luz del sol.

Fue solo un pequeño empujón. La puerta se abrió con un siniestro chirrido.

Entremos. Usted, Blanca, quédese aquí. No creo que le convenga verlo.

—Mire usted, doctor, ya nada me puede asustar. Llevo más de treinta años de enfermera.

Se abrieron los ojos de las linternas. Y uno de los haces cayó sobre una pila de cajones. Restos de patatas petrificadas como los huevos de los dinosaurios, pellejos que un día fueron manzanas, y trapos descoloridos. Se oyeron los pasitos de los ratones que se escabullían.

Uno de los celadores tropezó con una pila de cajas de cartón, que se vino al suelo con estrépito. El aplastó con asco una cucaracha que huía de la luz.

En el fondo del vasto recinto estaba el desaparecido. Colgaba cabeza abajo de unos alambres que se anudaban en una viga. Sendas cuerdas mantenían sus brazos en cruz. Vibró el grito de Blanca.

Había huellas de sangre en el polvo, mezclada con la humedad. Una de las linternas tropezó con los res-

tos de unos velones y él se sobresaltó rememorando escenas pasadas que quizás había vivido sólo en sueños.

Los ojos del muerto brillaban como dos canicas de porcelana.

Un profundo tajo se abría como un valle ensangrentado a lo largo del tórax.

—Sólo tengo una pregunta: ¿quién o quienes pueden haber sido?

—Ha sido «él» —murmuró el doctor Flores, señalando con el índice las profundidades del Planeta.

* * *

Sentado en la cabecera permanecía el doctor Flores, sin un sólo bostezo, inmune al cansancio y al sueño. Parecía petrificado por el sol como los santos de las archivoltas góticas. Y sin embargo, sus labios se movían como para rezar. Sus ojos parecían mirar más allá de la materia y de la energía.

—¡Ah! ¡Perdone! ¡Estaba rezando! ¡No me di cuenta de que estaba usted despierto!

Volcó su alma en el doctor Flores. Le comunicó sus recelos y sus sospechas, los recuerdos borrosos de aquel extraño Concurso-Oposición y de la noche siguiente.

—Hay cosas que se hallan más allá del entendimiento pero que, a veces, barrunta el corazón. No soy quien para aclarar sus dudas pero, sí hay algo que le puedo asegurar: que, me llame o no me llame, siempre estaré a su lado.

—¿Siempre?

—Sí, siempre.

Se levantó y ante su asombro (si es que todavía podía asombrarse de algo) vio que el cuerpo del doctor Flores no había dejado huellas en la cama.

Pero la pregunta «¿quién es usted?», quedó flotando en el aire.

El doctor Flores había desaparecido como si hubiese trepado por las escalerillas de luz que el sol dominical había tendido a través de las persianas.

Tecleaba la máquina de escribir. Informes, informes.

La secretaria se dio un nervioso tirón de la falda y esperó a que él reanudara el dictado.

Olían a gloria los claveles que la chica había colgado en un búcaro al lado de la máquina. Las moscas volaban ahora con más fuerza.

—Este año hay más moscas que el año pasado.

Y él pensó, con un estremecimiento en el «Señor de las Moscas», de Golding. Sacó un *sprayer* de un cajón de la mesa y lanzó un fino chorro hacia arriba y hacia los cuatro puntos cardinales. El zumbido murió en un calderón, dos octavas más altos.

—Ya está solucionado.

Sonó el teléfono. Lo descolgó la secretaría.

—¿Quién es?

—Una vez más, la Guardia Civil.

—Sí, dígame sargento.

La secretaria pudo contemplar el paso de un huracán que aplanaba las colinas de la frente del Director.

—Ahora mismo voy allí.

—¿Qué pasa?

—No lo sé todavía.

Pero sí lo sabía. Salió precipitadamente dando un portazo.

Conducía con excesiva velocidad. Pasaban los olivos a derecha e izquierda. Algunas cornejas volaban a la siniestra como en el viejo «*Cantar del Mio Cid*». Los campos empezaban a cuajarse de flores, como queriéndole gastar una broma.

Ancló su automóvil frente al cuartelillo de la Guardia Civil. Ondeaba al viento de abril la bandera española.

El sargento le estaba esperando, sentado tras la mesa de su despacho.

—¿Qué ha pasado?

—Venga conmigo.

Atravesaron varias habitaciones. En el fondo una estancia amueblada sólo con una silla y una mesa me-

tálica que antaño estuvo esmaltada de blanco. Sobre la mesa, un cuerpo tapado con una sábana.

El sargento retiró la sábana.

—¿La conocía usted?

Estuvo a punto de gritar.

—Sí, es Lucía Rodríguez Gómez, la enfermera del Pabellón n.º 2 de mujeres.

—Por lo menos así lo dice el carnet de identidad y la ficha de identificación de ustedes.

Bajó aún más la sabanilla. Ya no le asustó la profunda y bermeja cicatriz que cruzaba el tórax desde el seno izquierdo, hasta el espacio subcostal derecho. Lo esperaba.

—Seguro que no le queda ni una gota de sangre y que la han extirpado el corazón y el hígado.

—Déjelo ¿no cree? Para el forense.

Una mosca había aterrizado sobre la punta de la nariz de la muerta, una nariz que era casi traslúcida.

—¡Cochinas moscas!

El sargento manoteó.

—Vamos a hablar en el despacho.

Se sentaron.

—Comprenderá usted, Director, que estamos hasta la coronilla de este asunto. Si hay que cerrar el Sanatorio se cierra, y en paz. Así sería más fácil descubrir al culpable.

—¿Qué culpa tenemos nosotros? Un sanatorio no es una cárcel... creemos conocer a nuestros pacientes pero la enfermedad mental es una caja de sorpresas.

—Bien. Vayamos al grano. ¿Cuándo acudió Lucía, a su trabajo, por última vez?

—¡No lo sé! Nuestra enfermera jefe, se lo dirá con más exactitud. Sólo sé que la señorita Rodríguez libraba los sábados. La enfermera jefe, me comentó, ahora recuerdo, que el lunes no había vuelto al trabajo.

—Y ustedes, ¿no se extrañaron?

—Realmente, esta señorita tenía una vida bastante «alegre», por así decir. Hacía «horas extras» con señores de dinero y se marchaba con ellos fuera de

Madrid, los fines de semana. Luego, recuperaba los días perdidos. Porque además era muy eficiente. Yo estaba dispuesto a poner fin a estas anomalías.

—Bueno. Eso no me interesa. Lo que sí le voy a informar es que unos labradores descubrieron el cadáver entre unas encinas, esta misma mañana. Estaba colgada cabeza abajo y con los brazos en cruz. Como el enfermo de marras que todavía nos tiene en vilo.

—Y a nosotros.

El sargento alzó los hombros con un gesto de escepticismo.

Luego tecleó la declaración y se la pasó a la firma.

Se despidió con un esbozo de saludo militar.

—Espero que se acabe esta carnicería.

—Todos lo deseamos.

Un gato se desperezó en la entrada del zaguán. El centinela miró al Director con indiferencia.

* * *

—Llame al doctor Flores.

—Ahora mismo.

El altavoz exigió la presencia del doctor Flores en el despacho del Director.

A los pocos minutos estaba sentado delante de él.

—Me imagino que usted sabrá lo de Lucía.

El doctor Flores no contestó.

—Se lo voy a repetir, por si acaso usted fuera «humano».

Pronunció la palabra «humano» con un estremecimiento. Tenía ganas de hincarse de rodillas ante el joven médico y dar por terminada aquella farsa.

—Acaban de asesinar a Lucía, la enfermera del 2.º pabellón de mujeres. Todo igual que en el primer asesinato. Sólo usted puede ayudarme a descubrir al culpable.

—Usted sabe quién es el culpable.

—Usted sabe también que yo no puedo luchar contra él, si usted no me ayuda.

—Se equivoca. Usted, puede luchar contra él. Usted

debe luchar. Pero antes debe vencerse a sí mismo.

—No finja más. Yo sé «quién» es usted.

—Yo solo intervendré cuando «el Otro» emplee armas que ningún ser humano pudiese superar. Para eso estoy aquí...

—Dígame entonces, de una vez ¿quién es usted?

—Si yo se lo dijera, sí, mejor dicho, yo se lo «demostrase», usted moriría instantáneamente. Dejemos, por eso, las cosas donde están: yo soy el doctor Flores y usted mi director.

—Y ¿quién es Luisa?

—Usted lo va a averiguar dentro de unos minutos. Entre, sin ninguna compañía, en el pabellón en el que ella trabaja.

Le estrechó la mano y él sospechó la energía de miles de megatones condensados en aquellos dedos largos de arpista o de orfebre.

Avanzó hacia aquel sol que le enceguecía. Crujió la grava y una mariposa salió catapultada de un matojo de lilas.

—¡Eh! ¡Espere! ¡Llévese esto!

Corría el doctor Flores hacia él con un minúsculo libro en las manos.

—¿Qué es?

—Son los Evangelios. Una edición miniatura, muy rara. Se la regalo.

—No. No puedo aceptarlo... soy indigno de su regalo.

—Hágase entonces digno.

—Lo intentaré, muchas gracias.

El librito distendía con su peso el bolsillo de la chaqueta. Pesaba, aún más que si sus páginas estuvieran confeccionadas con planchas de uranio.

Recitaba casi sin querer, los versos de Rilke:

Todo ángel es terrible. Sin embargo,
desgracia mía, yo os invoco, pájaros
casi mortales de mi alma. Lejos
están los días de Tobían, cuando
el más brillante de vosotros todos,

sin apenas disfraz, aparecía
y su presencia no causaba espanto.
(Sólo era un jóven para el otro, un poco
curioso). Si el arcángel, que hoy en día
amenaza a los astros, diera un paso
hacia nosotros, nuestro corazón
nos mataría en su terror. ¿Quién sóis?
Precoces perfecciones, criaturas
mimadas, altas cimas, aurorales
aristas de esta creación-divino
polen, rayas de luz, colores, tronos,
escaleras, escudos de la dicha,
aires de esencia, tormentosos éxtasis
y, de pronto, aislados como espejos,
a donde vuelve la belleza y cubre
los rostros que en su azogue se
reflejan.

Entró en el pabellón de Cuidados Intensivos. Antes le había graznado el guacamayo desde sus barrotes de hierro. El demente senil que le había interpelado el día en que descubrieron al primer cadáver, dormitaba sobre su banco favorito en la plazoleta. Al pasar el Director, había levantado la cabeza para gritarle:

—¡Cuidado! ¡Es él! ¡Es él!

Seguían dormidas las cuatro mujeres. Ni la más mínima señal de cambio en su nivel de conciencia. Ni una sola variación en sus constantes biológicas. Con una sola diferencia: ¡El Galli-Meinini que se había practicado por pura rutina, demostraba que las cuatro estaban embarazadas! El fonendo detectaba los latidos de jilguero de los corazones fetales.

—Habrá que interrumpir el embarazo —había opinado uno de los médicos del *staff*.

Pero Luisa había convencido al Director, en nombre de la moral católica, de que se desistiera de esos propósitos. ¡Qué ironía en boca de Luisa!

¿Qué pasaba con esas mujeres? Eximias figuras de

la Psiquiatría y de la Medicina, las habían explorado sin llegar a un resultado concluyente.

Fallaban todos los fármacos y técnicas de reanimación. Pero no fallaba la esperanza de que algún día, aquellas mujeres emergieran como Jonás del vientre de la ballena de su inconsciencia. Se tenía, eso sí, más fe en la fuerza curatriz de la naturaleza que en los recursos científicos.

El sol fundía los ruidos. Los sauces llorones permanecían quietos en la calígena del mediodía. Hasta los trenes lejanos silenciaban su pitido.

¿Dónde estaba Luisa? Dio una palmada y le respondió la Nada.

—Vamos a echar un vistazo a este pabellón.

En la habitación de al lado se amontonaban los cilindros de oxígeno. La vitrina estaba repleta de agujas y de catéteres. Nada insólito.

En el fondo, la nevera. La abrió. Allí había botellas llenas de plasma. ¿Para trasfusiones? Pero la botella no contenía ninguna indicación de grupo sanguíneo, procedencia de la muestra, precinto de garantía, etc. Era el mayor disparate antimédico.

Y de repente, tuvo la certeza de donde procedía aquella sangre. El absurdo era la única pieza que encajaba en el rompecabezas.

La certeza se convirtió en evidencia meridiana cuando descubrió en el estercolero, los restos de una botella idéntica con manchas marrones en el fondo.

—¡Vaya una chapuza para unos... (no se atrevió a pronunciar ese nombre).

—¡Chapuza es la que has hecho tú!

Era la voz vibrante de Luisa que le había leído el pensamiento. Se recortaba su figura exuberante en el recuadro de la puerta.

Se le doblaron las rodillas. Le castañeaban los dientes. Quiso hablar y las palabras se le transformaron en témpanos.

Estaba agarrotado, desvalido ante aquella presencia Superior y Terrible.

Ahora sonaban a burla las frases de Luisa.

—Estás hecho una mierda, tío.

Se le acercaba solícita, meneando las caderas, con los pechos erguidos.

—No estabas así noche.

Se desentumeció. Quizás era todo una locura. Al fin y al cabo, ¿qué era Luisa sino una hembra colosal?

—Ahora estás mejor. Hablemos claro, tío. ¿Piensas que yo he asesinado a dos personas para beberme su sangre y comerme sus vísceras? Ya sabes que es lo que a mí me gusta «comer».

Sonreía con malicia. Circe-Calipre-Ishtar.

Y entonces sintió el peso en su bolsillo de los Evangelios.

—¿Quién eres tú?

La carcajada de Luisa hizo vibrar los ventanales. Se oía ahora un zumbido de moscas *in crescendo.*

—Peor para tí. Ya no te necesitamos. ¿Quieres saber quién soy? Abre los ojos y mírame.

El cuerpo de Luisa comenzó a aumentar de tamaño a medida que el techo de la sala crecía como un inmenso *soufflé.* Ya no estaba delante de él, la enfermera Luisa, sino una mujer desnuda muchísimo más bella que la mujer más bella del mundo.

—Soy Lilith, una de las esposas de Satán. Te ofrezco aún el Supremo Extasis de la Lujuria, la virilidad inagotable, el amor y el deseo de todas las mujeres. Me ofrezco a mí misma, la siempre renovada. Escoge.

Abría los brazos intentando estrechar el cuerpo gigantesco de Lilith-Luisa pero se retiraba apretando el minúsculo ejemplar de los Evangelios que ahora ardían como una chapa de acero al rojo.

—¡No! ¡Vete! ¡Kata Daymon, Kata Daymon!

Y empezó a rezar la única oración que aún no había olvidado:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Lilith se había transformado en una inmensa nube que se fue disipando como un gas ácido en el álkali solar. Pero el zumbido de las moscas terminó convirtiéndose en el «do» gravísimo de un contrabajo. De

todas las ventanas cayeron miles de moscas sobre él.

Perdió el conocimiento. Al recobrarlo lo primero que percibió fue un intenso olor a DDT. El doctor Flores estaba lanzando las últimas gotas de su *sprayer* insecticida...

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya no queda ni una mosca. Este insecticida es magnífico.

El doctor Flores volvió a colocarse la máscara humana, como si todos aquellos sucesos tremebundos fuesen cuestión de leyes naturales y de tónicas.

Pensó en Luisa-Lilith. La había empezado a amar. Y ahora estaba solo. Mujer o demonio, le había acogido en la orilla de su carne. Pero le quedaban los Evangelios. Los estrechó como si fuesen la mano de un viejo amigo.

* * *

—Si usted me lo permite doctor me voy a marchar. No quisiera perder el último tren... y menos después de todo lo que ha pasado aquí.

La secretaria cubrió la máquina de escribir, se puso el abrigo y se alió.

Eran las ocho de la tarde. Los últimos rayos de sol daban una tonalidad de sangre venosa a los pabellones. Revoloteaban los primeros murciélagos trasnochadores.

El iba a quedarse allí. Barruntaba el final del enigma. Sólo él podía responder a la Esfinge. Aunque le costara la vida.

Leyó los párrafos del Evangelio de San Mateo, aquellos en los que Jesucristo expulsaba a los demonios.

«Y entran en Cafarnaún y luego que fue sábado enseñaba en la sinagoga. Y se asombraron de su enseñanza, porque les estaba enseñando como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Y, de pronto, había en su sinagoga un hombre poseído de un espíritu inmundo, y se puso a gritar, diciendo:

—¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús Nazareno? Viniste a perdernos. Te conozco quien eres, el Santo de Dios.

Y le ordenó Jesús, resueltamente:

—Enmudece y sal de él.

Y sacudiéndole violentamente y dando alaridos, salió de él, el espíritu inmundo. Y quedaron todos pasmados, de suerte que se preguntaban unos a otros, diciendo:

—¿Qué es esto? Un modo nuevo de enseñar... con autoridad... y a los espíritus inmundos los manda... y le obedecen.

Y se extendió rápidamente su renombre por todas partes a toda la comarca de Galilea».

Se oyeron las risas y los comentarios de los últimos celadores, enfermeras y auxiliares de clínica que ponían en marcha sus coches o que se dirigían a la estación. Ya no sonaban las ruedas de los carritos transportando la cena y las luces de los pabellones se iban apagando una a una.

—Se ha quedado de guardia el doctor Flores. ¡Menos mal! —pensó.

Con el doctor Flores, y con dos celadores y dos enfermeras, tenía que enfrentarse dentro de poco a los Poderes de la Noche.

Un extraño sopor se iba apoderando de su cerebro. Cabeceó sobre la mesa y se quedó dormido. Era un sueño negro y profundo como el de la Muerte.

Cuando resucitó eran las doce de la noche. La luz de la lámpara se había apagado y sólo brillaba creando fantasmagorías, el farol espectral de la Luna.

—Vamos a comprobar si funcionan los altavoces.

Quería reunir a su pequeño equipo para empujarla, como una falange macedónica, contra el enemigo.

—¡Doctor Flores! ¡Doctor Flores! ¡Preséntese inmediatamente en el despacho del Director! —tronaron los altavoces.

Pero inmediatamente, la voz de él quedó sumergida en el maremo de una batahola de risotadas, de rugidos y de rebuznos.

Era como si el Sanatorio entero fuese la boca de un

gigante mitad humano, mitad animal que quisiera divertirse a costa de él.

Desconectó los altoparlantes y las risas y los extraños sonidos subhumanos, continuaron vertiendo el agua negra del caos.

Salió a la portería. Tendido ante el robusto portón roncaba beatíficamente el celador-portero. Y siguió roncando a pesar de los empellones de su Director. Se introdujo en la fosforescencia azulada del jardín. Y entonces, le golpeó como el puño de un karateka, el súbito silencio que se produjo. Sólo se oía el ulular de los búhos. La Luna parecía deslizarse sobre unos rieles de plata.

Probó las puertas secundarias y todas estaban cerradas a cal y canto.

—Estoy prisionero —pensó.

Pero el pensamiento de que estaba destinado al sacrificio, de que aquella noche yacería colgado cabeza abajo en un sotano del Sanatorio, ya no le angustiaba. Si existían ángeles y demonios lo lógico era pensar que la vida no se extinguía con la Muerte. El era ahora el brazo armado de Dios. Tenía que cumplir una misión, y estaba dispuesto a hacerlo con o sin la ayuda del ángel-médico, que no había respondido a su llamada.

Vio las luces encendidas del Pabellón de Guardia. Miró por la ventana y vio a las dos enfermeras, con la cabeza apoyada sobre la mesa. Dormían profundamente. No se molestó siquiera en zarandearlas.

Sabía a donde tenía que dirigirse. Aceleró el paso, procuró enlentecer su corazón, congelar el sudor frío que le bajaba por la frente, desentumecer las manos agarrotadas, dar la vuelta liberadora al torniquete de su garganta.

Las luces del Pabellón de Cuidados Intensivos estaban apagadas. Miró los sauces que parecían buitres de múltiples garras al acecho del intruso. Vio como el viento agitaba lentamente sus hojas recién brotadas.

Giró el conmutador y no se encendieron los tubos

fluorescentes. Pero parecieron encenderse los rayos de la Luna.

Raspó una cerilla, luego otra y otra. Las cuatro mujeres jadeaban. Una de ellas conservaba aún en la comisura de los labios los restos de un líquido rojo azulado. Había algunas piltrafas de carne sobre el suelo, sorprendidas por el resplandor anaranjado de los fósforos.

Se inclinó hacia una de las pacientes.

Ocurrió todo en un instante. Los últimos destellos de la cerilla descubrieron unos párpados que se abrían. Se oyeron cuatro gritos guturales. Y sintió unas manos de una fuerza demoníaca que se iban cerrando sobre su cuello.

Hizo una llave de jiu-jitsu y se deshizo de la tenaza. Cuatro bultos, jadeando como animales hambrientos, se estaban lanzando contra él.

Aún tenía la puerta abierta. Salió por ella a la velocidad de un animal perseguido. Fuera seguían ululando los buhos y se habían callado los grillos. La luna sangraba por todos sus cráteres. Era un rostro sifilítico.

Saltó un seto y se dobló un tobillo. Llevaba colgado en el cuello el vaho de sus perseguidores.

¿En dónde refugiarse? Todos los enfermos aparecían ahora asomados a las ventanas, jadeaban las cuatro fieras salvajes, escupían hacia él los insultos más soeces. Todo el Sanatorio era un himno a Satán.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

—¡Acabad con él!

—¡Comedle el corazón!

—Dejadle sin una gota de sangre!

Ahora corría por la plazoleta de los bancos de piedra. En uno de ellos yacía sentado el enfermo de las luengas barbas blancas. El tobillo era una hoguera.

—¡Huya por este sendero! ¡Refúgiese en la capilla! —le gritó el anciano.

No pudo decir más; fue derribado por las arpías. Un rechinar de caninos lúbricos, un rasguño de uñas, bajo la piel destellos de vísceras suculentas.

Fueron unos minutos preciosos que le permitieron abrir la pesada puerta de aquella capilla medio derruida, que otrora había cobijado la piedad de los frailes.

Una lámpara de aceite lucía en el altar. El resplandor de la luna se filtraba por un agujero de la techumbre. Olía a madreselva y a hierba-Luisa.

Luego, los tubos herrumbrosos del órgano comenzaron a vibrar. Su música era de color azul y oro. Elevaba los corazones hacia esas Moradas con las que había soñado Fray Luis de León.

Divisó una sombra detrás del teclado y se acercó a ella.

—¡Doctor Flores! ¿qué hace usted aquí!

Ahora él estaba de rodillas y la voz del ángel hablaba en su cerebro.

—Te queda por sufrir la última prueba. Aún estás a tiempo. ¡Mira!

Volaban hacia la Luna cuatro meteoros teñidos de todos los colores de la cola del pavo real.

—Tus hijos. Los que concebísteis en el vientre de cuatro súcubos. Los que fueron nutridos en la matriz de cuatro mortales que ahora están libres de su carga demoníaca.

Las notas del órgano sonaban a trenes subterráneos, a catástrofes geológicas. Vibraban las paredes medio derruidas, danzaban los capiteles y las bóvedas.

—¡Aproxímate al Altar y reza!

Rezó. Su corazón era como un columbario que disparaba sus mensajeras hacia el Dios desconocido.

Se había hecho el silencio. Se habían apagado todas las luces excepto la del pabilo que seguía ardiendo. La luna era de nuevo una moneda recién pulida de oro. Pero el doctor Flores se había ido para siempre. O ¿recordaba, acaso, su promesa de no abandonarle nunca?



El incendio





El incendio

Fernando Martín Iniesta

El fuego había presidido siempre sus actos mezquinos, sus insatisfechos anhelos, sus debilidades inconfesadas. El fuego —siempre el fuego— que ahora devoraba junto con ellos a víctimas inocentes...



Se había quedado dormida y le despertó una corriente de aire caliente que salía por las rejillas del acondicionador. Recordaba que antes de echarse en el diván había graduado la climatización del apartamento y cerrado puertas y ventanas. «Me he equivocado —pensó— de llave y he abierto la calefacción».

Sintió la modorra de aquel ardiente verano y tardó unos segundos en levantarse. Se acercó hasta la rejilla que climatizaba el salón, y, al poner la mano sobre ella, el aire casi se la quemó. Intentó cerrarla y al torcer la llave tuvo que retirar la mano. Un calor insoportable llenaba la estancia. Rápidamente abrió el gran ventanal y la tórrida tarde de verano, le pareció fría al compararla con el calor de la estancia. «¿Qué habrá ocurrido?» —pensó—. «El aire acondicionado ha debido volver a estropearse. ¡Siempre estamos lo mismo!».

Era sábado por la tarde. En el edificio, formado solo por cuatro viviendas de dos pisos y rodeado de un pequeño jardín, debía estar ella sola. Los vecinos de enfrente se habían despedido unos días antes, al marchar de vacaciones a la playa. Arriba, había toda-

vía un piso deshabitado, y el otro, lo ocupaba el matrimonio Arler, una pareja que reñía con frecuencia, con un niño de dos años. El viajaba habitualmente y por aquellos días estaba ausente. Al cruzarse con Marta, aquella mañana, le había dicho que saldría para encontrarse con su esposo en un pueblo de la costa. Recordaba haber oído el sonido del motor, antes de quedarse dormida. Para cerciorarse, miró desde la terraza el lugar donde diariamente solía dejar el coche, un deportivo amarillo. No estaba. Se encontraba sola en el edificio. El conserje se ausentaba los sábados y sólo regresaba los lunes. ¿Qué podía hacer?

El acondicionador de aire era común a las cuatro viviendas. Decidió esperar un poco y si no cesaba el calor, bajar al cuarto de contadores que estaba en el sótano, junto al garage. ¡Algo tendría que intentar! ¡No se iba a quedar todo el fin de semana con aquel calor...!

* * *

La pelota de goma le resbaló al intentar cogerla y quedó de bruces sobre la alfombra. Gateando, con la cabeza muy levantada, se acercó nuevamente a ella. El osito de peluche se interponía en su camino y lo derribó. Con sus rosados y redondos brazos, se abrazó al osito. No podía gatear con él en busca de la pelota, y lo empujó, con toda la inocente rabia de sus dos añitos. La pelota, resbalando lentamente, llegó hasta la puerta cerrada. El niño se arrastró, tercamente, en su busca.

La madera de la puerta comenzaba a calentarse peligrosamente.

* * *

Suavemente se separó de ella y quedó boca abajo sobre la cama. Alerta cerró los ojos. Toda su piel estaba húmeda. Del cuello, de los desnudos pechos, brotaron minúsculas gotas de sudor que fueron resbalando hasta el vientre. Al abrir los ojos, le sorprendió

el oscuro color del lecho y del dormitorio. Nunca, hasta aquel momento había reparado en él.

—Tengo que irme.

—Podías haberte traído al niño.

Le desagradaba profundamente que le hablase de su hijo cuando estaban desnudos. Le producía una extraña inquietud y un desconcertante complejo de culpabilidad. Si él le hubiese visto la cara en aquel momento hubiera descubierto un incontenible gesto de repugnancia.

—O podíamos haber ido a tu casa...

—Sabes que allí... ¡Nunca!

No quería volver a explicarle las razones, pero no ignoraba que él, otra vez, volvería a insistir. No comprendía, o no quería comprender, que aunque entre su marido y ella todo hubiese acabado, la casa era algo que no podía utilizar como suya: era de su hijo, y así lo habían decidido ambos.

—Pues sigo sin comprenderlo.

—¡Basta!

Creía en los presagios, y, aquella tarde había sentido un extraño fuego en las carnes. Pensó coger al niño y marcharse hacia la costa, y así, incluso se lo había dicho a Danna, su vecina. Pero creyó que aquel fuego era sólo el ardor que la consumía, y ante el que se sentía impotente, ese mismo ardor violento que había causado la ruptura de su matrimonio y obligado a decir a su marido: «¡Sólo eres sexo, no hay en ti otra cosa!», ese mismo ardor que la llevaba a la cama de un hombre al que no quería con un fatalismo irremediable, el ardor que la tenía desnuda sobre las humedecidas sábanas por el sudor. El fuego que la consumía y sobre el que había creído, en un instante de desesperación o lucidez, oí exclamar al padre de su hijo: «¡Si el infierno no existe, se inventará para ti!».

Para ahogar sus pensamientos, para aplacar aquel tórrido torbellino, buscó nuevamente la boca del hombre y casi mordió en busca de una humedad que la aplacara.

* . * *

Tenía que hacer algo. El calor no cesaba. «Y si llamase a los bomberos» —pensó. ¿Para qué? Seguramente se burlarían de mí. Ha debido ser solamente una avería sin importancia. No hay por qué alarmarse. Fue en busca de la llave del cuarto de contadores, decidida a bajar de una vez y ver qué ocurría. De la rejilla del acondicionador de aire salió un humo negro y denso que la alarmó. Nerviosa, no caía en la cuenta de dónde había dejado la llave que buscaba. Recordaba, vagamente, que la última vez que la utilizó debió dejarla en el cajón del secreter. Entró en el dormitorio. Al abrir la puerta sintió una sensación de asfixia. Con los ojos cerrados llegó hasta la venta y a tientas, la abrió: una explosión terminó de sobresaltarla. «Huir», huir era la única idea que le resultaba aceptable.

* * *

La pelota rebotó contra la puerta volviendo hacia el niño que, al intentar abrazarla, rodó nuevamente quedando boca arriba. Al alcance de sus manos estaba el oso de peluche. Se apoyó en él para incorporarse, lográndolo trabajosamente. Un ruido sordo le hizo abrir desmesuradamente los ojos. Al cerrarlos, le brotaron las primeras lágrimas y le venció el primer sollozo.

* * *

Siempre temía mirar los ojos del hombre cuando le abrazaba. Sabía que la mirada se le aceraba, volviéndoseles cortante como un cuchillo y que la boca se le marcaba con una mueca que nunca pudo descifrar si era el signo de interés por la posesión, el gesto animal del deseo o el desprecio por la satisfacción lograda. Un gesto que, inexplicablemente, le recordaba el de su marido: la presencia de todo lo que quiso huir.

El hombre dejó de besarla bruscamente y asió sus cabellos por la nuca, obligándola a mirarle cara a cara. Ella aceptó a la fuerza.

—¿Qué te pasa?

—Tengo... miedo.

El hombre no pudo disimular una carcajada.

—¿No te parece un poco tarde para... tener miedo?

Temió que hablara, que preguntara, que intentara aclarar aquella sensación que le parecía absurda.

—Sí, un poco tarde... pero no puedo remediarlo.

No la creía. Fue ella la que, desde el primer instante de conocerlo, sin que tuviese que mediar una palabra, le había insinuado con los ojos la certeza de una aventura. Aventura que nunca creyó que pudiera prolongarse y llegar a convertirse en una casi cotidiana costumbre.

* * *

«Huir, huir de aquel asfixiante calor». La única voz que partió de su cerebro y, sin embargo, la inmovilizaba. «Quizás esté abierta la puerta del cuadro de contadores y pueda hacer algo...» Y la decisión que se hace inaplazable, los pies que se ponen en movimiento, las manos que abren nerviosas la puerta de entrada, el pasillo cegado por el humo, el tanteo de las paredes y, ¡al fin!, el hallazgo de la escalera, el primer peldaño que casi le hace caer y el encuentro con una corriente de aire tibio, casi, casi respirable.

* * *

La pelota de goma parece estar viva. Ahora ha sido el oso de peluche quien vuelve a empujarlo, y, en la mente del niño, una obsesión que ahoga el incontenible sollozo que no llega a llanto.

Por debajo de la puerta una lengua de fuego lame la cinta metálica que sujeta la moqueta.

* * *

—Sí un poco tarde... Pero no puedo remediarlo.

Y comprende, por encima del tiempo, más allá del latigazo sobre el sexo, del satisfecho deseo el «por qué». No. No fue ella quien sedujo a aquel hombre

que aplastaba su cuerpo contra el suyo. Estaba con él, con Peter, cuando le conoció: la «barra» del pub, la música suave, antigua melodía entre romántica y cursi de Mantovani, Peter que dejaba caer las palabras como irónicas sentencias: «Lo harás, volverás a hacerlo, como ya lo hiciste otras veces», y la impotencia al comprender que por más que negase nunca sería creída y el tedio, el aburrimiento de aquel juego morboso, inventado, creado, insistido para que fuese verdad. ¡Peter necesitaba que ella se acostara con otro hombre! Lo necesitaba para tener razón, para que lo que había sido únicamente una sospecha, se convirtiera en realidad. No era la oscura ceguera de los celos, ni la rabia de la impotencia lo que le obligaba a acusarla insistentemente. ¡Si aquel cuerpo hermoso y fresco, siempre dispuesto a la entrega escondía la mentira, su fracaso como macho, la fláccida impotencia de su sexo dejaría de existir! Y Peter que se marcha, que la abandona con una débil escena, la voz que le dice «regresaré tarde a casa, o no regresaré: tengo trabajo», y el hombre que al observar cómo le tiembla el pitillo entre los labios, la ofrece fuego con un gesto sereno y una enigmática sonrisa, y ella que necesita hablar, contar a alguien, sin saber precisamente qué, pero contar, y la primera copa que se acepta con timidez, la segunda abiertamente, la tercera casi suplicando y el reloj que marca las siete de la tarde y que frenará hasta lo irremediable cada minuto, cada segundo de una noche más, una nueva noche vacía, que, ahora, la horroriza hasta la desesperación, y el tacto de aquella mano sobre sus muslos, y el seguro gesto de tirar hacia atrás los asientos del coche mientras una boca la come las palabras de protesta y la nerviosa sílaba de la negación...

* * *

Tropieza en los peldaños de la escalera, en la barandilla de la pared que desciende. La puerta de salida a la derecha, frente a frente, las escaleras que bajan hasta el sótano y el garaje. Y la duda que salta:

«¿Salir y pedir socorro?» «Descender hasta el garage e intentar cortar el fluido eléctrico de los acondicionadores». Todavía, las llamas no asoman, sólo el humo y el calor asfixiante. Y recuerda que aquel apartamento guarda todas las soledades de su vida de soltera y el diario trabajo de treinta oscuros y fatigados años. No cabe duda: las escaleras son su inmediato destino.

* * *

La pelota ha quedado inmóvil en la gruesa moqueta. Apenas unos centímetros la separan de la puerta. La lengua de fuego sigue lamiendo el tejido. El niño se ha deshecho, como de un obstáculo, del oso de peluche y avanza, lentamente, con la oscura y terca insistencia del instinto, hacia la lengua de fuego.

* * *

Bruscamente, reaccionada por un incontenible temor, se separó del hombre. Sin siquiera detenerse para calzarse, cruza hasta el cuarto de baño. Al pasar ante el amplio espejo que casi cubre la pared, su imagen, en la penumbra, la horroriza. Con los brazos caídos a lo largo de los costados, no es el contorno de una mujer lo que vislumbra, sino el de un sexo enorme, inmenso, del tamaño justo de todo su cuerpo. Cierra los ojos y entra en el cuarto de baño. El sonido de la ducha le apaga, por un momento, los temores.

* * *

Avidamente recorre los peldaños que le faltan para llegar a la puerta del garaje, que ya adivina entreabierta. El humo es cada vez más denso y negro, como en el piso que acaba de abandonar, crujen por primera vez las llamas. La lengua de fuego se acerca hasta la pelota de goma que se deforma ante el calor. El niño se abraza, ¡por fin!, a aquel redondo objeto que tanto le costó cazar. Ella cierra, airadamente, la puerta y, todavía con los zapatos en la mano, corre

hacia el coche aparcado en la entrada. Conserva una lúcida y fría serenidad que le nace, en la mano, para no perder un instante, junto a los zapatos lleva las llaves del coche. La puerta del garaje entreabierta le ayuda a no vacilar y entra en el amplio espacio vacío, sin un solo vehículo. De par en par, como si nunca se hubiera cerrado el hueco que da entrada al cuarto de la caldera y a los contadores, perennemente abierto. Abierto y oscuro. La goma de la pelota arde. El niño, abrazado a ella, siente el dolor cortante del fuego. El llanto le brota con la fatalidad de un dolor desconocido y terrible. Frente a ella está la clavija que desconecta el fluido eléctrico. Ha llegado hasta la calle donde se encuentra su casa, lo ha hecho jugándose la vida en una carrera arriesgada con el tráfico. Advierte el humo y las llamas... Coge la clavija y sólo siente una gran descarga en su cuerpo. Cae carbonizada. La clavija la mantiene unida y atada a su muerte en una postura trágica y grotesca... No lo duda, corriendo entra en la casa, pasa por las llamas sin que le muerdan, no las nota. Está enloquecida por el dolor. Abre la puerta del piso y cruza, quemándose los pies, hasta el cuarto donde está su hijo... Advierte un bulto casi informe y lo coge. Huele a carne quemada. Es sólo un extraño muñeco ante el que no puede aceptar que fuese su hijo... Sale hasta el balcón, envuelta en las llamas que han encendido el pretil de la puerta, con aquel bulto en sus brazos...

Ve, en la acera de enfrente, junto a un coche que conoce bien, la silueta de Peter, su marido, con los brazos cruzados.

...Y distingue la horrible sonrisa de la venganza satisfecha.






Cita con
el diario
NB

Cita con el diario

Pedro Montero

Si se trataba del diario personal de su amigo, con anotaciones escritas apenas hacía una semana, ¿cómo se explicaba entonces que las pastas del diario apareciesen tan ajadas y sucias que daban la impresión de haber pasado por numerosas manos?



LGUNOS kilómetros después del último pueblo situado en terreno llano, la carretera comenzó a degradarse vertiginosamente. Su anchura disminuyó a ojos vista, el firme dejó de ser tal, y las curvas, sin ningún tipo de señalización, se hicieron más numerosas de lo que pudiera considerarse conveniente para una conducción relajada. El paisaje, conforme el vehículo que yo manejaba iba ascendiendo hacia la modesta cadena de montañas, fue modificándose. La vegetación era ahora más densa, y el bosque había ocupado el lugar del matorral. Algunos animalillos salvajes se internaban en la espesura asustados por el ruido del motor, y desde allí, ocultos por el follaje, contemplaban con curiosidad el paso del vehículo. Me sentía en cierto modo vigilado, o si se prefiere, simplemente observado.

Al doblar un recodo, la casa apareció ante mí. Era una construcción ciertamente singular, y un punto extravagante. Lo que me llamó primeramente la atención fue el hecho de que, al menos para un recién llegado, no resultaba fácil identificar el destino para

el que los constructores de aquel edificio se habían decidido a erigirlo.

Lo que a primera vista podía pasar por una gran casa solariega, adquiría, a los pocos minutos de ser observada, perfiles tan poco definidos, que lo mismo asemejaba un cierto tipo de fortaleza como recordaba las líneas esbozadas de una embrionaria catedral. La ilusión de que la mansión era algo todavía no acabado —sobre todo «algo»— se iba reafirmando en mi ánimo conforme la maltrecha carretera, antes de pasar a escasos metros de la puerta principal, rodeaba la singular construcción, permitiendo su contemplación desde todos los puntos de vista. Un saliente con forma de almena, una ventana tendente a la línea ojival, pero solamente en esbozo, una pilastra con cierto sabor egipcio, una sección de alero claramente modernista, la escalinata con aires versallescos, todo un maremagnum de estilos se daban cita en la curiosa edificación, que, resultando en cierto modo un muestrario o catálogo de formas arquitectónicas, estaba exenta, no obstante, de la impresión de agobio y pesadez propia de lo que se quiere sincrético.

Detuve mi vehículo ante la puerta principal y contemplé durante unos momentos la fachada. Desde la parte frontal, la construcción ofrecía el aspecto de una noble casa solariega. Una breve escalinata conducía hasta la entrada. Gran parte de los muros estaban cubiertos por la hiedra, que no dejaba libres sino los huecos correspondientes a las amplias ventanas, y sobre la puerta, como poniendo de manifiesto la noble y añeja raigambre de la mansión, había un gran emblema o escudo de armas de dimensiones semejantes a las de un ventanal. Ya desde aquel momento me llamó la atención lo insólito de las representaciones y efigies esculpidas sobre el amplio cuadrilátero, pero la dificultad de contemplarlo enteramente, a causa de la hiedra que lo ocultaba en parte, y, sobre todo, el deseo de entrar cuanto antes en contacto con Diego, me impulsaron a no demorar más mi ingreso en la mansión.

Al no encontrar ningún otro sistema para anunciar mi presencia, levanté la pesada aldaba que, húmeda y resbaladiza, se me fue de la mano antes de que pudiera evitarlo y descargó un fuerte golpe sobre la madera del portón. El eco del aldabonazo pareció extenderse por todo el interior de la casa de igual manera que si se encontrara totalmente vacía, e instantes más tarde, como si las ondas sonoras hubieran estremecido paulatinamente el aire de cada una de las estancias, los cristales de las ventanas trepidaron en temblorosa congruencia con mi llamada.

Un momento después, al no haber obtenido respuesta, di un segundo aldabonazo. Bajé los cinco escalones, y, retirándome un trecho, contemplé las ventanas. Nadie se asomó tras las grandes cristaleras emplomadas. Las cortinas permanecieron corridas, y, después de un tercer infructuoso intento, deduje que Diego no se hallaba en casa. Lo más probable era que, aprovechando las últimas luces del atardecer, se encontrara dando un paseo por los alrededores.

La temperatura iba descendiendo conforme el sol caminaba hacia su ocaso. Me introduje en el coche, y, encendiendo un cigarrillo, me dispuse a esperar a resguardo del frío, que comenzaba a hacerse notar, el regreso de Diego. Deseoso de romper de algún modo el silencio reinante en aquellos parajes, conecté la radio, pero, tras varios inútiles intentos de localizar alguna emisora, la apagué desilusionado. Seguramente la ubicación de la casa, las montañas circundantes, o algún otro accidente geográfico, no permitía la recepción de ninguna estación.

Cuando me desperté, sufría un intolerable dolor en el cuello debido a la posición adoptada en el asiento. El intenso frío me había entumecido brazos y piernas. Al incorporarme, mi mano pulsó inadvertidamente el claxon, y el alarido producido por la bocina me causó un considerable sobresalto. Algunos animales que sin duda se hallaban en las inmediaciones del coche emprendieron una rápida huida, y varios pájaros noctur-

nos levantaron el vuelo abanicando ruidosamente el aire con sus grandes alas.

Advertí con sorpresa que eran cerca de las diez y media. La hoche había descendido mientras yo me encontraba durmiendo, y la mansión, a veinte metros escasos frente a mí, se dibujaba como una oscura mole contra un fondo aún más negro. Ninguna luz en sus ventanas permitía suponer que Diego hubiera regresado ya; de otro modo, tendría que haber visto el coche y reparado en mi presencia.

Conforme me iba aproximando a la casa, me envolvió un viento helado, cuyas ráfagas agitaban las hojas de hiedra que tapizaba en parte la fachada principal. Con la linterna, que había tenido la precaución de coger del coche, iluminé sucesivamente la puerta y cada una de las ventanas. Por último, dirigí el haz de luz hacia el gran emblema situado a la altura del primer piso. El viento, que agitaba intermitentemente la hiedra, me permitió contemplar con más detalle la hechura del singular escudo, cuyos relieves parecían obra de un cantero que hubiera querido dar rienda suelta a una imaginación rayana en la demencia.

Tras golpear repetidamente con el aldabón en la puerta principal, abandoné las inmediaciones del porche y fui rodeando la casa a la búsqueda de alguna otra entrada que me permitiera el acceso a la mansión. En la parte trasera, enmarcada por un gran emparrado, hallé una pequeña puerta que no me fue difícil abrir. Una vez en el interior, comprendí que me encontraba en la cocina. El haz de la linterna arrancó velados resplandores de una gran cantidad de recipientes de cobre situados en dos repisas encima de un enorme hogar de hierro.

Caminando por un amplio pasillo, accedí al resto de las habitaciones de la planta baja, y, tras llamar varias veces en voz alta a Diego, a pesar de que tenía la certeza de que me hallaba solo en la casa, decidí instalarme en la gran sala de estar a la espera de que mi amigo regresara, o, en todo caso, hasta que las

luces del nuevo día me ayudaran a tomar una decisión sobre lo que me convenía hacer si Diego no aparecía.

Puesto que la casa carecía de instalación eléctrica, encendí algunos candelabros situados estratégicamente en distintos lugares de la habitación. El hallazgo sobre una silla de una gabardina y una bufanda pertenecientes a Diego disipó mis últimas dudas acerca de haber irrumpido subrepticiamente en una casa que no fuera aquella que había venido buscando. Por último, sobre una mesita próxima a una ventana, se hallaba la máquina de escribir de mi amigo, en cuyo tambor había una hoja de papel todavía completamente en blanco. Al no encontrar por ningún sitio folios mecanografiados, consideré que, seguramente, Diego no habría avanzado mucho en la redacción de la novela, para la gestación de la cual, deseoso de soledad que le permitiera concentrarse en su trabajo, había alquilado aquella casa.

Teclee alegremente unas palabras sobre el folio impoluto, pero una extraña sensación, un inexplicable malestar, me forzó a detenerme. El golpeteo de los caracteres me recordó el crujir de dientes de una persona presa de pánico, o el entrechocar de huesos que se agitaran en una fosa común.

En el hogar de la gran chimenea reposaban unos grandes leños apenas consumidos, y como el frío de la noche parecía penetrar aún a través de los muros, encendí un reconfortante fuego, y, arrellenándome en uno de los sillones de alto respaldo, me situé de tal modo que el calor de la lumbre fuera desentumeciendo mis miembros ateridos. Al poco tiempo, advirtiendo que la puerta de ha habitación quedaba a mi espalda, corregí la posición del sillón de tal modo que, sin verme privado de los benéficos efectos del fuego, pudiera vigilar la entrada. La última imagen que mis ojos percibieron antes de que me invadiera el sueño fue la del escudo de armas situado sobre la campana de la chimenea, fiel reproducción, a una es-

cala más reducida, del que ostentaba la fachada de la mansión.

Durante gran parte de la noche fui presa de una pesadilla recurrente que no me permitió un reposo adecuado. El gran escudo aparecía repetidamente en mi sueño, y las incompresibles figuras grabadas en cada uno de sus cuarteles se metamorfoseaban y cambiaban de lugar sin que en ningún momento me fuera dado percibir con claridad qué es lo que representaban. Apenas la pastosa materia que las constituía iba tomando una forma determinada, aunque incoherente, cuando —y creo que era preferible así— un súbito estremecimiento del muro disgregaba la incipiente representación. De aquel modo, innumerables esbozos, igual que fetos de perfiles imprecisos, fueron pasando ante mis ojos sin que aquellas continuas imágenes me resultaran en absoluto comprensibles.

A media noche me desperté entumecido y muerto de frío. El fuego se había consumido, así como también las velas de los candelabros, que no había tenido la precaución de apagar, y todo el salón se hallaba sumido en la mayor oscuridad. A pesar de que no veía nada en absoluto, experimentaba la sensación de que alguien se encontraba a escasa distancia de mí. Incluso creía sentir sobre mi nuca un aliento helado, cosa que me sumió en un pavor irracional y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, intenté llamar a Diego a gritos, pero tan sólo un débil lamento escapó de mis labios.

Recordando que había dejado la linterna sobre una silla próxima, alargué la mano hasta que di con ella, y aferrándola convulsamente oprimí el pulsador dirigiendo el haz luminoso hacia el punto en que supuse que se hallaba mi amigo. El rayo de luz hendió como una daga las tinieblas, y, atravesando la gélida atmósfera de la habitación, formó un tembloroso círculo sobre la pared opuesta a la chimenea. En el centro de aquel luminoso círculo pude ver un pequeño cuadro en el que no había reparado hasta entonces, y, levantándome con gran precaución, una vez que me hube

asegurado de que me encontraba solo en la estancia, me aproximé a él.

Lo primero que llamó mi atención fue la estrecha cinta de crespón negro que enmarcaba uno de los ángulos superiores del cuadrito. Al instante comprendí que se trataba de un símbolo de luto con que, en ciertos lugares, se señala que la persona retratada ha fallecido recientemente. Me aproximé más, y, cuando mi vista se posó sobre la rancia cartulina enmarcada en madera, comprobé con sorpresa y terror que el sujeto de aquella fotografía no era otro que mi amigo Diego.

* * *

«Estimado amigo —comenzaba la carta que yo había recibido quince días atrás—: Me excuso de antemano por haber desaparecido tan súbitamente y sin dejar rastro, pero cuando sepas que he tenido que recorrer sesenta kilómetros en coche para echar esta carta al correo, espero que comprendas que mi forma de actuar no obedece a ningún tipo de descortesía. Tan sólo me ha movido a lo que sin duda habrá tenido en ti visos de huida, el deseo de aislarme en un lugar poco accesible para dedicarme a la redacción de mi novela.

He tenido la suerte de alquilar una casa de aspecto singular, pero de interior confortable, apartada de cualquier ruta frecuentada, donde me dispongo a trabajar intensamente durante un mes o mes y medio. No obstante, a fin de hacerme perdonar por mi repentina desaparición, y —lo confieso— con objeto de aliviarme de la sensación de soledad que sin duda me embargará dentro de algún tiempo, te envío la dirección con la esperanza de que, sobre mediados de mes, me hagas una visita si así lo deseas. De sobra sabes que, a pesar del insufrible humor de que soy presa cuando me concentro en la redacción de un libro, me agradará gozar de tu compañía durante un fin de semana».

La carta terminaba con unas sinceras expresiones de afecto y reiterando la invitación a visitarle en los términos más calurosos. Una posdata añadida precipitadamente, a juzgar por lo deformado de los caracteres, me llamó la atención y fue lo que en parte me impulsó a conocer el lugar en el que Diego se había instalado.

«Hay algo singular en esta casa y en estos parajes. Una especie de influjo que estimula mi poder creativo y que, en cierto modo, me está forzando a modificar el primitivo argumento de mi novela hacia derroteros que ni siquiera se me habían ocurrido antes de pisar estas tierras. Te espero».

* * *

Tres campanas procedentes de un gran reloj de pared me sobresaltaron de súbito. El lento progresar de las barrocas manecillas parecía lo único dotado de vida en el interior de aquella mansión.

Provisto de la linterna, me decidí a explorar la planta superior a la búsqueda de un dormitorio donde poder pasar el resto de la noche. Fui abriendo sucesivas puertas hasta que, finalmente, di con un cuarto en el que había una gran cama provista de colgadura. La habitación era demasiado amplia pra resultar confortable, y, salvo el lecho y una pequeña mesa, completamente despojada de otro tipo de muebles. Pesados cortinajes ocultaban casi por entero tres grandes ventanales con los postigos echados.

No sin ciertas precauciones, descorrí las colgaduras y un confortable lecho apareció ante mis ojos. Sin duda se trataba del mismo que utilizaba Diego, puesto que, sobre un pesado cobertor había extendido un pijama; justo al lado de aquella prenda de dormir, reposaba un libro entre cuyas páginas había un fragmento de papel a modo de señal.

Depositando el libro y el pijama sobre la mesita, me desnudé rápidamente y me introduje entre las sá-

banas. Iba ya a apagar la linterna cuando experimenté curiosidad por saber qué clase de literatura era la que Diego leía antes de conciliar el sueño. Tiritando de frío corrí hacia la mesita, y, apoderándome del volumen, volví a cubrirme con las mantas.

El libro estaba encuadernado en piel, y sus pastas aparecían tan ajadas y sucias que daba la impresión de haber pasado por numerosas manos. No bien lo hube abierto cuando ante mis ojos aparecieron unas palabras manuscritas que rezaban: «Mi diario». Mi primer impulso fue cerrar el libro temeroso de violar la intimidad de unas páginas de contenido estrictamente personal, y así lo hice, pero un momento después se me ocurrió la idea de que, si como era lo más lógico, las anotaciones estaban fechadas, podría averiguar, fijándome tan sólo en la última, si Diego había abandonado la mansión aquel mismo día o varias fechas atrás.

Abriendo el diario por la señal, comprobé que las últimas confidencias databan de hacía más de una semana. Tentado estuve de pasar la vista por los apretados renglones, especialmente cuando advertí que, cada dos o tres hojas variaba el tipo de escritura, pero un resto de honestidad, no sé si bien entendida, me obligó a cerrar de nuevo el volumen.

Depositándolo en el suelo, al pie de la cama, apagué la linterna y me dispuse a trazar planes para el día siguiente, pero, no bien habían transcurrido unos minutos, cuando lo confortable del lecho y la fatiga del largo viaje me sumieron en un profundo sueño.

Un fuerte golpe me despertó sobresaltándome cuando apenas había transcurrido una hora desde que me durmiera. La linterna, resbalando desde el lecho a impulsos de algún movimiento mío, había caído al suelo. Comprobé aliviado que no había sufrido desperfectos e, incapaz de volver a dormirme, me senté en la cama considerando qué significado podían tener la ausencia de Diego, su fotografía enmarcada con una cinta de crespón negro, y la redacción de un extraño diario en el que, a juzgar por los diferentes ti-

pos de escritura, habían colaborado numerosas personas.

El viento ululaba junto a las ventanas y su continuo silbido comenzaba a alterar mis nervios. Apartando las mantas, me vestí tiritando de frío y me dispuse a pasar el resto de la noche en el salón de la planta baja. En alguna parte de la casa habría de hallarse la leña, y, una vez encendido un gran fuego, esperaría el amanecer hojeando el diario de mi amigo; cualquier escrúpulo a profanar un relato personal había disminuido hasta desaparecer ante lo insólito de la situación.

Antes de abandonar el dormitorio me dirigí hacia la ventana central, y, descorriendo los pesados cortinajes, abrí con precaución una de las dos hojas. La noche era completamente calma, y, a pesar de que continuaba oyendo el ulular del viento, ni la más pequeña rama de los árboles cercanos se agitaba a su impulso.

Abrí la ventana de par en par hacia la noche. Una luna llena especialmente pálida iluminaba fantasmalmente el paisaje que se extendía ante mis ojos. De pronto perdí momentáneamente el sentido de la realidad, y un segundo más tarde advertí que me hallaba subido en el alféizar de la ventana, como si quisiera salir por ella. Aterrado, volví a entrar en la habitación, y ya me disponía a cerrar el ventanal, cuando vi a alguien que, bajo uno de los árboles, hurtaba su figura a la mortecina claridad lunar: era Diego.

Dando un gran grito, le llamé por su nombre, pero él, sin ofrecer muestras de haberme oído, salió de la sombra y comenzó a aproximarse hacia la casa. Su rostro era de una palidez mortal, y la expresión de sus ojos denotaba tal amargura que las lágrimas acudieron a los míos sin poder evitarlo.

Cerré precipitadamente la ventana, y, tomando la linterna, bajé de dos en dos las escaleras a su encuentro. Atravesando el amplio salón, corrí hacia la puerta principal. Descorrí el herrumbroso cerrojo calculando que Diego se hallaría ya subiendo los cinco es-

calones que conducían al porche, pero, al abrir el pesado portón, nadie apareció ante mi vista. La noche era muy oscura, y un fuerte vendaval arrojaba centenares de hojas arrancadas de los árboles contra mi rostro. Empuñando con fuerza la linterna salí al exterior y enfoqué el haz luminoso en todas las direcciones, pero todo resultó inútil: en las inmediaciones de la casa no había alma viviente.

Decepcionado y confuso, regresé a la mansión, y, tras cerrar cuidadosamente la puerta, reposé un momento en uno de los sillones del salón. No sabía si había sido presa de una alucinación o si, por el contrario, era Diego la persona a la que había creído ver bajo la luz de la luna.

Debajo de una sección del fogón de la cocina encontré algunos leños de tamaño considerable, y, acarreándolos hasta el salón, encendí nuevamente fuego en la chimenea tras algunos intentos fallidos. El calor de las llamas me reconfortó un tanto. Subí después al dormitorio para buscar el diario, y, arrebujándome en una manta que había tenido la precaución de tomar, me senté en uno de los sillones, teniendo buen cuidado de no dar la espalda a la entrada.

Despreciando por el momento anotaciones de desconocidos, puesto que aquel parecía ser más el diario de la casa que el de una sola persona, me concentré en la lectura de las páginas manuscritas por mi amigo. Una simple ojeada al resto del libro hizo que mis cabellos se erizaran al advertir la lejanía de alguna de las fechas y las alambicadas rúbricas, trazadas sin duda con pluma de ave, que denotaban la fabulosa antigüedad del diario.

«Doce de noviembre: Anoche encontré este libro en uno de los cajones de la cómoda, y esta mañana siento el deseo de confiarle mis pensamientos y mis impresiones; de dialogar en cierto modo con quien sea el verdadero dueño de este diario, como anteriormente han hecho otras personas. El hecho de que en la primera página aparezca escrito «Mi diario» me

hace suponer que, en realidad, el libro pertenece a alguien, a alguien que se solaza en leer lo que los demás escriben y que, en cierto modo, se comunica así con las gentes o con el mundo. Experimento la necesidad imperiosa de confiar a estas páginas un relato, un breve extracto de mi vida, del tiempo que me ha tocado vivir, de las personas con las que trato».

....

«Trece de noviembre: Me gusta esta casa, querido diario, me siento feliz en ella y con ella. Gozo al ir anotando en tus páginas los pequeños acontecimientos de cada día; gozo en narrar aquí la historia de mi vida, y siento que comienza a entablarse un diálogo entre mi persona y el dueño de este libro sobre el que escribo. Comprendo su necesidad de saber y de conocer, de comunicarse desde su soledad y lejanía inmóviles. Es más, desearía hacer siempre compañía a ese ser solitario, aunque reconozco que esa idea me asusta todavía».

....

«Catorce de noviembre: He concebido la idea de escribir en estas páginas mi novela. Deseo crear un mundo, un decorado vivo, unos personajes cálidos y animados que alegren a... (la palabra no resulta inteligible). Voy a crear para ti, para tu eterna inmovilidad y tu quietud continua, una historia de personas humanas que sufren y que son felices al mismo tiempo. ¿Qué cómo es posible?, me preguntas. Nada más cierto, te lo diré demostrando a través de estas páginas ....»

En los días sucesivos ocupando un gran número de hojas, Diego había esbozado un argumento de novela, había bosquejado a sus personajes y definido los ambientes y las situaciones con tal genio y acentos de verismo que, al ir leyendo la sinopsis de aquella narración, no pude por menos de estremecerme. A la

vez, mientras componía la trabazón de la novela, se libraba a diálogos y conversaciones con el diario, o con su verdadero dueño, respondía a preguntas, lanzaba exclamaciones, se entusiasmaba, se deprimía.

Poco a poco, al ir asimilando las sucesivas situaciones y entrando en conocimiento del carácter de los personajes, una sospecha, posteriormente confirmada, fue naciendo en mi espíritu: el protagonista de la novela, su modo de ser, y la descripción de su físico, apuntaban directamente a mí. Yo era el que, gracias a su genio creador, deambulaba a través de aquellas páginas tomando contacto con personajes reales unas veces, inventados otras; sumergido en situaciones y accidentes ficticios o tan verídicos como que habían ocurrido pocos meses atrás.

De este modo, y mientras avanzaba la noche, asistí a la recreación de mi propia vida narrada de tal forma que parecían las confidencias ofrecidas por una persona a otra de su total confianza. Cuando llegué al término de la sinopsis había lágrimas en mis ojos, cuyo caudal resultó acrecentado al volver la última página y recorrer con vista nublada la postrera anotación.

«Veinte de noviembre: Acabo de regresar del lugar habitado más cercano. He realizado el último de ... deseos (antes de la palabra deseos podría leerse «mis» o «tus»; no aparece claro). He echado la carta al correo y le invito a que venga a verte... (aquí seguían una serie de renglones garabateados de modo absolutamente incompresible, como si mi amigo estuviera librando una gran lucha consigo mismo o con alguien muy cercano)...

«La ventana central... la ventana... La ventana es la puerta, y en ella el escudo; tu blasón, tu insignia... Voy... voy... obedezco...»

Al pie de la última página manuscrita podía verse la firma y la rúbrica de Diego, tan desfiguradas, que pudieran haber hecho pensar en una falsificación de no haber leído los renglones precedentes e intuido su alterado estado de ánimo.

Cuando terminé de leer las páginas del diario temblaba de pies a cabeza. Depositándolo sobre un brazo del sillón, me acerqué al retrato orlado con el crespón negro y contemplé con miedo y tristeza el rostro de mi amigo. Sus ojos tenían la misma expresión de inmensa amargura que había creído percibir cuando le vi desde la ventana central del dormitorio.

De pronto un estremecimiento recorrió violentamente todo mi cuerpo. ¡La ventana central! ¿No había visto yo a través de aquella ventana la figura de mi amigo bajo la luz de la luna llena?

Corrí hacia la puerta de entrada, y, entreabriéndola ligeramente observé el exterior oscuro como boca de lobo. Un ligero cálculo me bastó para comprender que aquella noche la luna se encontraba en su fase nueva. ¿Qué significaba aquello, entonces?

¡La ventana central!

Si mi sentido de la orientación era correcto, el dormitorio en el que había reposado durante poco menos de una hora se hallaba justamente encima de aquel salón, y su estructura era simétrica. Siendo así que en el salón había dos ventanas a los lados de la puerta, era lógico pensar que, debido a la simetría antedicha, los huecos en el muro del primer piso deberían ser tres: tres ventanas.

Abandonando precipitadamente el salón, corrí escaleras arriba provisto de la linterna, e, irrumpiendo en el dormitorio, me aproximé a la ventana central y la abrí. La luna llena inundaba con su pálida claridad el paisaje nocturno. Mis ojos se dirigieron instintivamente hacia el sitio en que creí haber visto a Diego hacía algunas horas, y, con gran sorpresa por mi parte, a pesar de que deduje que mi coche debería encontrarse a unos metros escasos de aquel emplazamiento, no vi rastro de él.

De pronto escuché el ulular del viento en las dos ventanas laterales. La noche, no obstante, se ofrecía calmada y atractiva contemplada desde la ventana central. Algo parecía llamarme desde el exterior, algo o alguien que hacía llegar hasta mi oído una muda

invitación, y, sin poder resistirme, puse los pies sobre el alféizar de la ventana y, sujetándome en la tupida hiedra comencé a descender por el muro hasta que mis pies tocaron el suelo.

Comencé a caminar sin mirar hacia atrás, y, cuando había andado ya varios metros me detuve sin volverme. Aquella no era la noche del cinco de diciembre, sino la Noche, en la total y terrible extensión de la palabra. Poco a poco, comencé a girar, la mole de la mansión fue apareciendo ante mis ojos, y al contemplarla enteramente bajo aquella luna sobrenatural, no vi ya la caprichosa síntesis de formas arquitectónicas. Las líneas de la construcción aparecías puras y definidas: se trataba de una edificación de características góticas.

Mis ojos, desorbitados por el terror, se dirigieron instintivamente hacia el primer piso. Contemplé las ventanas del dormitorio, y, tal como ya suponía, tan sólo había dos huecos practicados en el muro.En el espacio existente entre los dos ventanales, aquel por donde yo había salido al exterior, aparecía el enigmático y pavoroso escudo tallado en piedra.

Desesperado, notando que mi cuerpo se iba vaciando en la noche, trepé por el muro, asiéndome a la enramada de hiedra, y, cuando llegué al lugar hacia el que me dirigía, golpee con desesperación sobre las deformes y pétreas siluetas del escudo de armas de la casa hasta que tuve que rendirme a la evidencia: allí nunca había existido una ventana.

Supe entonces que era inútil correr y alejarme de la mansión, el coche no existía ni quizás había existido nunca; seguramente no habría carretera, y, desde luego, a este lado de la inexistente ventana no había nada ni nadie más que yo.

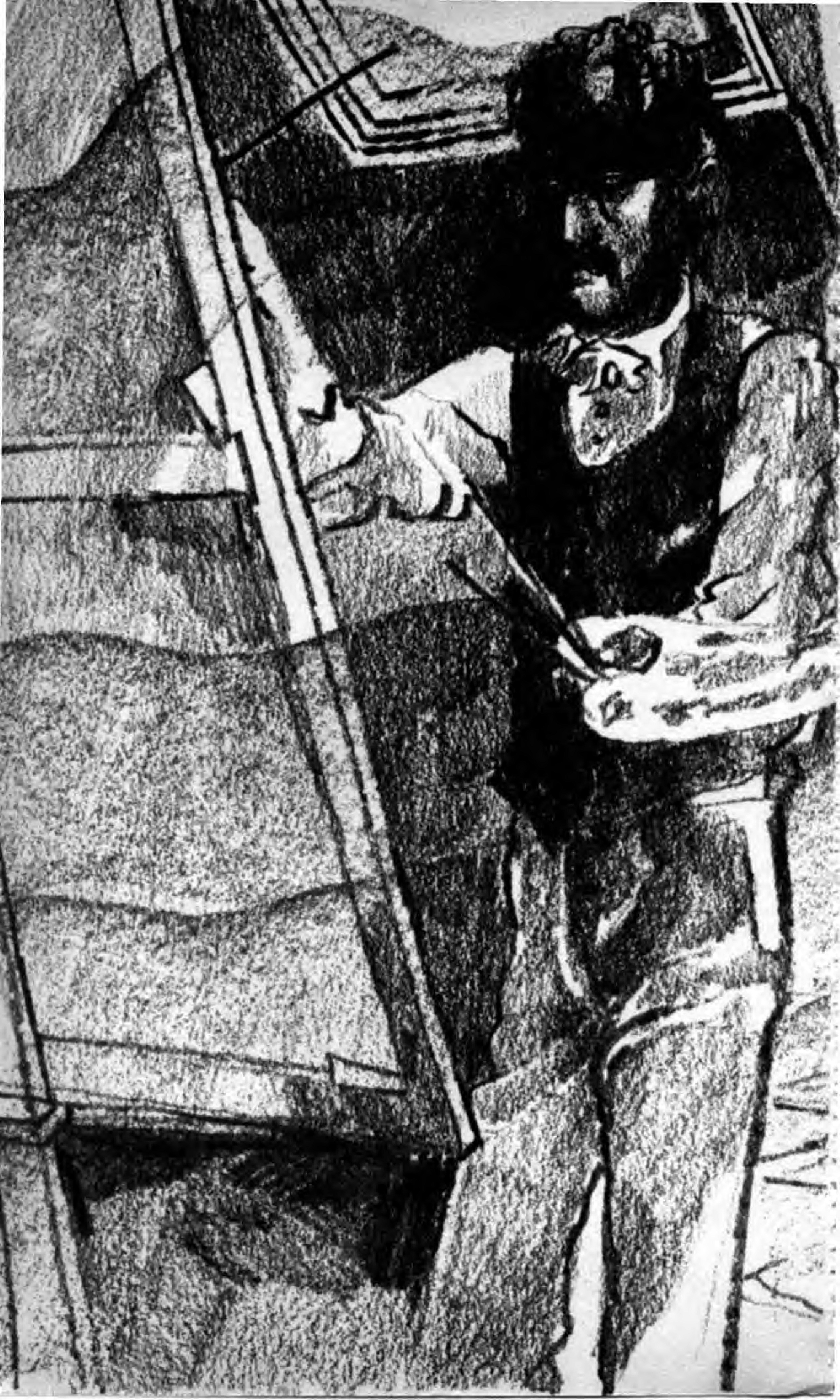
Mis pies se posaron de nuevo en el suelo. Ascendí por los cinco escalones del porche y, empujando la puerta, entré en el amplio salón. Mis ojos buscaron con ansia la fotografía enmarcada en crespón negro y un hondo suspiro escapó de mis labios a pesar de que ya había previsto aquel hecho: el tristísimo rostro

impresionado sobre la amarillenta cartulina no era otro que el mío.

Sabiendo que debía hacerlo, tomé el diario y ascendí penosamente las escaleras que conducían al primer piso. Entré en el dormitorio y, tras contemplar el lienzo de pared en el que había practicados dos ventanales, me aproximé al muro, y, apoyando el libro sobre el lugar en que, con toda certeza, nunca había existido una tercera ventana, comencé a escribir:

«Querido diario: ...»





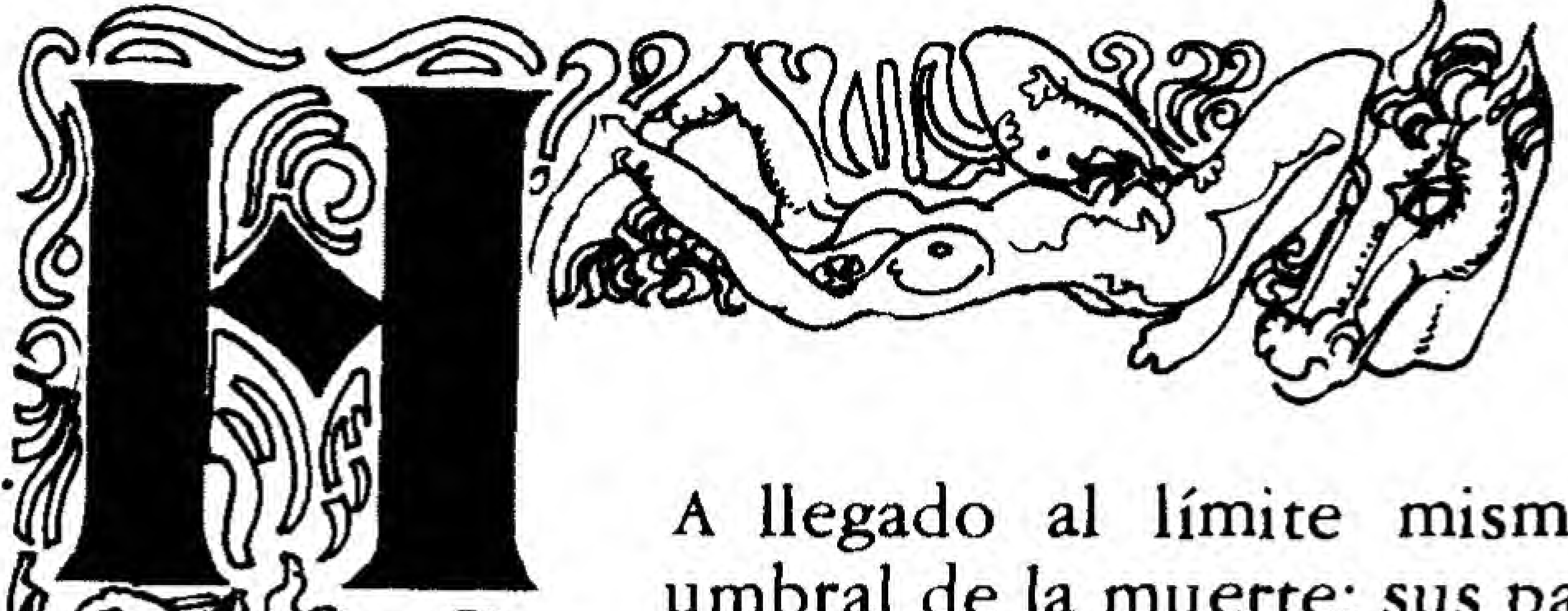


Amarga confesión

Amarga confesión

A. González del Valle

Lo había intentado todo: cambios tonales, de matiz, de textura... pero no conseguía concluir aquel cuadro al que había dedicado todo el esfuerzo de su talento.
Una mañana al acercarse al lienzo, contempló atónito que la obra estaba resuelta. ¿Quién lo había hecho?...



HA llegado al límite mismo del umbral de la muerte; sus pasos le conducen inexorablemente a la meta de llegada del lugar de donde nunca se retorna. Ralentiza su andar cansino y siente, en los últimos metros de vida, una poderosa y nostálgica necesidad de hacer justo balance —y doloroso— de todos y cada uno de los acontecimientos que conformaron su existencia. Todavía no se pregunta hacia dónde se dirige, ni por aquello que le espera tras la línea de llegada, pues aún es el tiempo de interrogarse sobre los aciertos y fracasos del camino recorrido y que ya no podrá ser desandado. Sabe que vive el instante, único e irrepetible, de preguntarse qué fue de sus anhelos y esperanzas, de indagar dónde quedaron rezagadas —acaso enterradas cobardemente— sus ilusiones, de enfrentarse a la red turbia de justificaciones hipócritas en la que quedaron disimulados sus propósitos... En cualquier caso, con el corazón bajo el peso justo de los éxitos y los fracasos, se ve en el trance terrible y necesario de objetivar su papel en la Comedia de la Vida. A estas alturas, el hombre se enfrenta a sí mismo y pisa la línea de llegada (¿o de partida?) con

orgullo o con desaliento. Le aterra tener que enfrentarse a la desolada posibilidad que apuntó el Sabio: «En el camino de la Nada hacia la Nada, lo peor es no haber sido».

El hombre, entonces, toma su pluma, se enfrenta al papel en blanco, y decide encarar la Verdad como salvación única de su dignidad.

* * *

Como todos conocéis, mi vida entera la he dedicado por completo al Arte. He permanecido enclaustrado en mi estudio trabajando y he sido poco amigo de actos públicos, de concentraciones masivas y de cualquier ostentación de cargos honoríficos, etc...; en definitiva, de todo lo que significan relaciones sociales y que tanto nutren o compensan a un artista. Mis obras están expuestas en la mayoría de los museos importantes del mundo, mi nombre aparece en todos los manuales de arte contemporáneo y se han publicado innumerables trabajos monográficos sobre mi pintura; pero sabéis poco, apenas nada de mi vida íntima, ya que he sido un hombre reservado y solitario. Nunca me he prestado a ser entrevistado y, salvo contados e íntimos amigos, son pocos los que me conocen personalmente.

Ahora, cuando dentro de pocos días, en el Museo de Arte Contemporáneo va a inaugurarse una exposición antológica de las obras más interesantes de mi producción artística, ahora que ya mi cabello se ha teñido completamente de blanco y mi vida está llegando a su final, me creo en el deber de haceros una amarga confesión.

Quizá vuestros oídos no quieran dar crédito a lo que van a escuchar. Quizá vuestros ojos se resistan a creer lo que van a leer; pero os aseguro que ésta va a ser la obra más sincera de mi vida, que esta declaración, que ahora os hago, es mi única verdad, la triste verdad.

Siempre me ha parecido ridícula una costumbre anacrónica, quizá producto de la falta de tradición

que tiene el pueblo americano y que tiene que ver con el protocolo pomposo que se monta en torno a las fiestas de graduación en las universidades.

Pasé dos años de mi juventud en Stanford ampliando estudios de Arte, gracias a una beca que me concedió la Fundación Juan March. No era de una cuantía importante; pero unida a los ingresos que obtenía con la venta de algunos cuadros y retratos de encargo me resultaba suficiente para vivir relativamente bien.

A los dos meses de mi regreso a Madrid recibí una carta del «college» de arte en la que me enviaban la fotografía que el día de la graduación nos hicieron, parecida a las que aquí en algunas universidades se hacen, los típicos cuadros de promoción. Esta costumbre en Estados Unidos goza de mucho más arraigo y es extraño encontrar a un exalumno universitario que no conserve con orgullo ese recuerdo, esa imagen de todos sus compañeros rodeados del cuerpo de profesores. En la parte central superior suelen aparecer el escudo y lema del centro, escudo éste que por lo normal todos veneran.

Al advertir que yo no aparecía en la fotografía quedé sumamente confundido. Debería estar allí, pues recordaba perfectamente el momento en que la tomaron y la conversación que mantenía con Tomás Stiglee, uno de mis buenos amigos, mientras posábamos subidos en la escalinata de entrada al edificio de arte.

En el lugar donde tendría que aparecer yo, entre Tomás y Floyd, había un hombre totalmente desconocido para mí. De unos treinta años y enjuto, mostraba un poblado bigote de pelo particularmente rubio.

No era un efecto visual, pues, aunque la fotografía no se podía analizar al detalle, dado su pequeño tamaño, lo que estaba claro es que mi estatura era bastante inferior a la del desconocido y, además, nunca he llevado bigote.

Tomé el asunto como una broma, pensando que se

trataba de un montaje fotográfico que alguno de mis compañeros había realizado y escribí una carta a Floyd pidiendo que me mandara la copia original, ya que me gustaría tenerla como recuerdo de mi agradable estancia en Stanford.

Pasado un mes, de nuevo, volví a recibir la misma fotografía, acompañada de una nota de mi amigo en la que se extrañaba ante el hecho de que yo no apareciera y me aseguraba que no se trataba de ninguna broma, pues todas las copias que se habían repartido eran exactamente iguales. Quedé sobremanera extrañado, pero no concedí demasiada importancia a la carta, al fin y al cabo no dejaba de ser un hecho insólito sin la más mínima trascendencia.

Días después aconteció un hecho tan extraordinario que se ha convertido en un factor de tal modo trascendente en mi vida que no puedo desprenderme de él, y que la ha transformado por completo.

El día veinte de noviembre, como todas las mañanas, subía a la habitación donde tenía el estudio, alrededor de las nueve. Iba dispuesto a concluir un cuadro en el que llevaba más de una semana trabajando; se me estaba atragantando, como decimos en argot, es decir, no encontraba una forma lógica de acabarlo. Era el problema de siempre, hacer concordar el espacio albergante con el significante. Lo había intentado todo, con cambios tonales, de matiz y hasta de textura, y no lograba ningún resultado positivo.

Aquella mañana, al acercarme al lienzo, quedé completamente atónito. La obra estaba resuelta, alguien había estado pintando mi cuadro durante la noche y logró hacer lo que yo en una semana no pude conseguir. Estaba magistralmente resuelto, con un ligero cambio de matiz en el fondo. Quien se hubiera atrevido sabía muy bien lo que se hacía, había calentado el azul hasta convertirlo en malva, consiguiendo un cuadro matizado y redondo.

Estaba realmente aturdido, aquello no era lógico. Retiré la obra del caballete, sustituyéndola por un bastidor nuevo.

Durante todo el día no pude dejar de pensar en lo ocurrido, cuanto más pensaba en ello menos lo comprendía.

Aquella tarde no lograba concentrarme. Me resultaba imposible plantarme delante del lienzo en blanco y crear formas con sentido. Decidí salir a dar un paseo pensando en que encontraría, a mi vuelta, otra vez el cuadro tal y como lo dejé el día anterior. Bajé desde el estudio, que en aquella época lo tenía en un ático de la calle del Pez, hasta la plaza del Dos de Mayo, con la esperanza de encontrar algún conocido con quien charlar un rato. Quizás una conversación intrascendente lograría tranquilizarme y hacerme olvidar lo ocurrido.

Entré en «Bugati» y allí me mezclé con un grupo de personas entre las que se enconraba Jesto, un antiguo compañero de la Escuela de Bellas Artes, gallego, simpático, y transparente, con el cual, copa tras copa, pasé la tarde recordando viejas historias de cuando estudiábamos en San Fernando. Como siempre, este tipo de conversación degenera en una añoranza decadente y enfermiza, y para no ponernos llorones convencimos a dos de las chicas que estaban con nosotros para irnos a escuchar a «Canal Street» en Whisky Jazz.

La semiborrachera que llevaba encima, el cuello sugerente de Matilde, una de las chicas que nos acompañó, y las notas de «Summertime», que iban y venían constantemente a mi cabeza, me hicieron pasar la noche ajeno por completo al asunto del cuadro.

Serían aproximadamente las siete de la mañana cuando llegué al estudio, después de haber terminado la juerga recitando versos del «Julio César», de Shakespeare, entre los arcos del templo de Debot.

Al abrir la puerta lo vi de pie junto a la ventana, por donde empezaban a asomar las primeras luces del día, pintando sobre el lienzo que yo por la mañana había preparado. Dirigió la vista hacia mí, mirándome un instante y continuó, ajeno a mi presencia, embelesado en la obra que estaba realizando.

Sé que es difícil dar crédito a lo que voy a decir, pues yo mismo, aunque lo tenía delante de mis ojos, no podía creerlo, y me negaba a aceptar lo que tan claramente estaba contemplando. Era la misma persona que ocupaba mi lugar en la fotografía la que estaba pintando, el mismo hombre estilizado, de rostro anguloso y mirada penetrante que aparecía junto a Tomás. Intenté hablar con él, preguntarle quién era; pero él parecía no escucharme, no tener ninguna intención de dialogar conmigo, y seguía sumido en un trance creativo.

Me senté en el sofá que había a su espalda y estuve observándolo atentamente, disfrutando el placer de verle transformar la materia sobre el plano. Era realmente un espectáculo mágico que me fascinaba.

El cansancio, producto del ajetreo de la noche, y un terrible y agudo dolor de cabeza causado por la resaca, me hicieron quedar dormido.

Me despertó el ruido estrepitoso del timbre de la puerta. Rápidamente dirigí la vista hacia la ventana y él se había marchado. El cuadro quedaba sobre el caballete, magistral; aquello sólo se podía definir de una manera, era, simplemente, una obra de arte, algo que yo durante toda mi vida había buscado y perseguido sin encontrarlo.

Abrí la puerta y el cartero me entregó una carta certificada de mi compañero Floyd. En ella me enviaba la fotocopía de una ficha escolar en la que aparecía el retrato del hombre que la noche anterior estuvo pintando en el estudio, la misma persona que había suplantado mi lugar.

Su nombre era John Vauneger. Acompañando la fotocopia, llegaba una pequeña nota que transcribo literalmente:

«John Vauneger, resultó muerto a causa de un accidente de carretera en abril de 1936, cuando cursaba el segundo año de pintura en la Universidad de Stanford».

Después de leer la nota quedé perplejo. Aquello no podía ser de ninguna manera cierto. Debía ser el

producto de un absurdo sueño; pero el cuadro estaba allí en el caballete, junto a la ventana, frente a mí.

Durante todos estos años he aceptado que él pintara para mí, me he servido de la pasión creativa de un hombre que llevaba muchos años muerto, para alcanzar un puesto relevante en la historia del arte contemporáneo. He puesto mi nombre a sus obras y he utilizado su pintura en cada momento. Mi único trabajo se ha limitado simplemente a cambiar el lienzo del caballete cada vez que él daba por cumplida y conclusa una obra y a observar en silencio cómo él realizaba la misión que a mí me correspondía hacer.

Hoy, mientras estoy escribiendo esta confesión sincera, esta confesión que la mayoría de vosotros no creeréis y que a muchos sorprenderá, cuando ya presiento que mi vida está acabando, siento una profunda tristeza, un intensa amargura, la pena del que está próximo a morir y ya tarde cae en la cuenta de que su vida ha sido un absurdo fraude, que nada ha hecho y que su existencia ha sido una detestable farsa.

Pronto os abandonaré, quizá lo único que deje tras de mí sean unos cuadros que nunca pinté, la estela de mi propia impotencia para crear.

Hoy tristemente pienso que él ha sido quien se ha servido de mí y me ha utilizado. Yo he sido un mero pretexto, un río que ha usado para transmitir todo el caudal artístico que él posee.

John Vauneguer ha robado mi existencia, hace muchos años que se apoderó de mí, yo no he sido nada. Y ahora es tarde para rebelarme. Ahora quisiera volver a ponerme ante el lienzo, sentir el placer de crear, ver cómo mis manos transforman el blanco en una sinfonía de color. Ahora quisiera firmar mi propia obra; pero ya no tengo fuerzas, he despediciado una vida, toda mi vida.

Hoy, sumido en un amargo llanto, soy consciente de una terrible realidad. El muerto soy yo, no él. Y por eso os hago esta honesta y reveladora confesión.

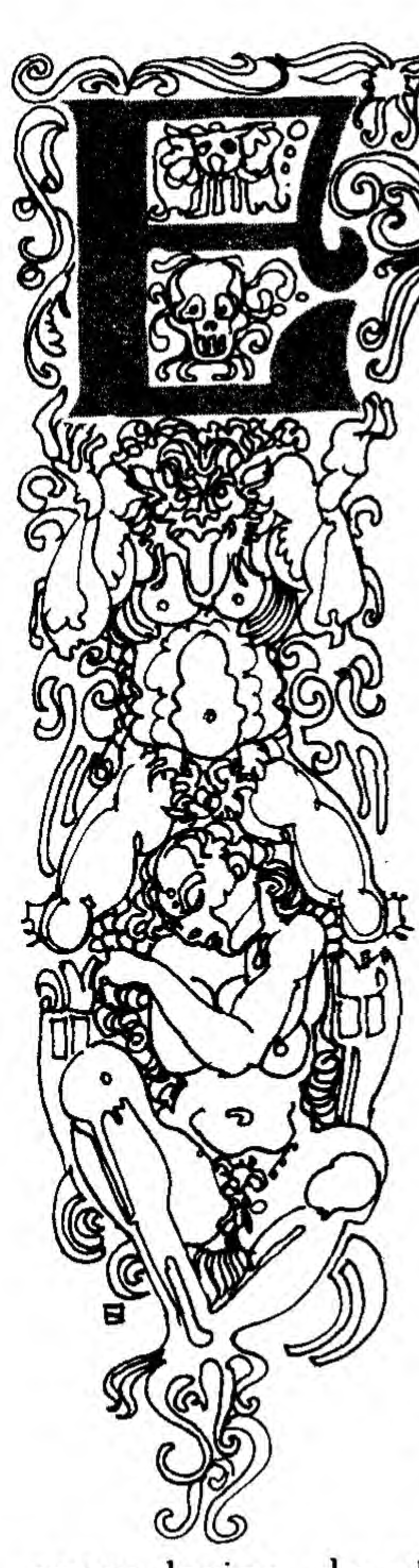



puente
evadizo

El puente levadizo

Jesús María Zuloaga Zuloaga

Dedicado a la criadita Varka, el personaje creado por el genio de Anton Chejov, una niña que, tundida de sueño, estranguló a un bebé que con su llanto implacable no la dejaba dormir.



L perro estaba orinando en el alcorque del árbol triste de la esquina; del árbol gris sin primavera de la ciudad.

«¿Por qué lo hace ahora, cuando a mí me puja la misma necesidad?», se preguntó Nancy con crispada alarma y desde la ventana estrecha, también gris y triste como el árbol; desde los cristales sobre los que aplastaba las mejillas, ¡aquellos benditos cristales fríos, gracias a los cuales y porque había determinado mantener el cuerpo en pie —¡así me quedé como un ciprés!— estaba despierta aunque no enteramente en sus cabales!

¡Seis dormidas de menos! (veinticuatro horas a razón de cuatro, siempre de menos, sí hombre, sí, siempre de menos al día, colgaban como otros tantos senos lacios, de plomo blando acuciante, del cuerpo milagrosamente despierto de la chica), seis noches iba a decir en blanco, aunque habían sido grises, densas, turbias, espesas... precisamente en aquel momento, cuando en el turno de visitar para una colocación («ni sé cual pueda ser ni me importa») iba a corresponderle a ella... y aquel perro, hijo de su madre y de mil padres, con su pata derecha al aire, clavaba mil alfileres

de comezón fisiológica en el cuerpo resquebrajado de Nancy, como si por la puerta de las miserias (o de los primeros pasos con sus propias piernas sí, las suiba a curar de aquel huir de la cruel noche de miel negra, pringosa y con abejas; el sueño, su sueño, palabra alitosa, escrita con esa mayúscula, consonante infinita de pesadilla... Ssssssueño.

—¡Por favor...!

—Al fondo del pasillo, la primera puerta a la derecha...

Sin ver, había escuchado con los ojos abiertos. Dio los primeros pasos con sus propias piernas sí, las suyas, aplomadas, secas, insensibles. Oiga. Tengo el pie dormido y también la musculatura que trepa hasta la rótula totalmente pegada, soldada. Oiga. Al fondo. ¿Dónde está ese fondo...? Y a la derecha, tras llegar a él. Oiga. Aquí no veo algo, es decir, menos que nada. No hay más que pared. En las paredes orinan los hombres. Sí, Nancy: limpia los ojos de la telaraña, de la circunstancial catarata prematura. Mira, Nancy, esa puerta: a la derecha, sí a la derecha. Es esa puerta...¡¡ábrela!!

La mano de la puerta de metal fundido, semejaba mujer desnuda con pechos en forma de campanona, las manos caídas o situadas en arco hasta tapar el sexo, puerta final del humano colector por donde la líquida materia sale... Nancy sólo distinguió esto. Todo lo demás le sonaba a decoración que se supone pero no se mira.

Sueño y todo a cuestas, se le pasmó la boca de asombro al ver tan insólita estancia, en el lugar en donde se suponía que habría encontrado la esquemática funcionalidad de un urinario útil para los visitadores como aspirantes de una agencia de colocaciones. El recinto era fastuoso cuarto de baño de una mujer necesariamente hermosa y rica, amante o no de quien todo aquello había dispuesto con despilfarro ostentoso. Por ejemplo: el extremado refinamiento del inodoro de mármol negro, almohadillado con terciopelo oro viejo: mano suave invitadora, incitante, so-

bre la que descansar el deseo, de forma que la vulgar acción que ella iba a satisfacer se convertía en voluptuoso acto contemplado por los miles de ojos cuajados, retenidos en su incontinencia en los espejos que cubrían techo y paredes; también del piso, en medallón ovalado para mirarse y ser visto... todo ello del mismo mármol-ébano de la muelle pieza sibarita. Desahogar allí la ordinaria necesidad de la que Nancy era cegado manantial, constituía sin duda, placer sutil pero penetrante, extroversión corporal, riego placentero, casi sensual límite abundante de fuente de agua de tibia. Y, sobre todo, camino delicioso por donde llegar al hasta entonces inasequible dormir... Blanda consonante inicial Dddddd; letra final acariciante de gato que duerme hecho un ovillo sobre el pie desnudo... Rrrrr. Rrrrr.

Así, Nancy, su brazo derecho apoyado en el próximo lavabo y sobre la mano la frente, quedó rendida definitivamente al sueño vetado seis días atrás por el mandamiento de trabajar yendo y viniendo para no encontrar tarea; de estar de pie para ser vista. De día en las colas de las agencias. De noche en los sórdidos despachos de los agentes contratadores de cuerpos vacantes. Seis tiempos de agua fría como consuelo y auxilio; de golpes contra la pared y de pinchazos de alfiler. Alguna vez también de cafés dobles. ¡Nancy experta en vigilias alucinantes hasta la angustia de ignorar en su prohibida memoria si el concepto ¡cama! quedaba en ¡quimera! y el de ¡almohada! en ¡espejismo!

La realidad, oigan ustedes, era muy otra.

* * *

Mejor que yo nadie puede saberlo.

Yo, Nancy, digo.

Ahora se lo explico a ustedes.

Ella, la escoba y yo.

Una escoba de mango bruñido por el uso, roída a cachos en la debilidad de la madera pobre. Pino verde astillado cuando fue torneado para ser mango.

El escobillón florido no iba mucho más allá en calidad. Pajuz malamente domado para ser simulacro de cepillo, más rascador que barredor.

Pero, al fin y al cabo, era escoba.

Yo, Nancy y mi escoba.

A caballo de su palo grité:

—¡Arre, burra, barre!...

—«¡Arre, burra, barre!», escuché en voz de eco y eso que allí no había pared ni monte próximos. Tampoco, esa es la verdad, me importaba quién podía haber respondido.

Vamos a lo mío.

Por mi madre que ya no puedo más.

Y quiero reflexionar. Necesito espacio abierto para ello. Y todo en mi mundo está cerrado. Doloroso, lacerante, imposible propósito; ¡reflexionar!

Y, ¿si lo dejara en mero recordar? El recuerdo es más fácil. Verán; recuerdo de ahora un instante, colchón quiere decir quimera; almohada, espejismo. Y que me llamo Nancy. Y que soy una cama de pie.

¿Quién quiere ayudarme a seguir?

Yo les quiero contar ordenadamente todo.

Apunten ya. No dudo en el primer acto.

Seis días sin dormir.

Ya sé que hay quien aguanta más; pero es en la cama, con las manos cogiditas al cariño mío, corazón de mi vida que te acompaña; pañuelo enjugando la sudorosa frente, agua agüita para el pobre insomne. Fármacos, pócimas, coño. Y si usted me apura algún testigo, un periodista, por ejemplo, que exclama:

—¡¡Cómo resiste el tío!!

Esto suele ocurrir con los de las huelgas de hambre. Según mis noticias duermen. De forma que no sé que será peor.

Los míos, tomen nota, fueron seis días de aquí para allí, como ir de la Ceca a la Meca, con el fundador de Babia, o jugando a las cuatro esquinas con el tonto de Coria.

La distancia real entre mí «aquí» y mí «allí» la anduve tal y como se la voy a contar, a medir. Si equi-

voco algún dato del episodio será porque (¡ya no lo diré más!) me deshilvano de sueño.

En el «aquí» de marras, justo en el punto de partida, estaba el Jefe del Negociado del Servicio de Limpiezas del Ayuntamiento, acodado sobre el mostrador, la cabeza entre las manos. Fue y me espetó con baba como almíbar entre los dientes:

—El puesto es tuyo, chata. Vienes bien recomendada. La agencia es solvente y tú estás imponente. Un detalle, ya sabes, y ¡hecho!... ¿Vamos?

Le escupí sin apenas mirarle. Prepucio con ojos saltones parecía su rostro. Y con el gargajo colgando, tal semejaba —¡asco del asco!— que se iba todo él hecho miembro en mieles furtivas de perito masturbador.

Luego irrumpió su mujer.

Tiesto de carnes secas inéditas.

Me esperaba en el soportal del municipal edificio. Buscona de envidias.

—¡Cerda meona, morirás despierta... Arre, burra... —bramó.

A pesar del espesor de mi lento pensar —serrín negro de noches alertas— parí una ingeniosa definición para la cosa aquella:

—Puta novicia, ¡¡nunca serás profesa!!

¡La de Dios!

Como la mujer de Lot, quedó fulminada, tiesa allí, chata hasta los talones.

Después vino el de ultramarinos y comestibles finos (se sirve a domicilio).

—Pasa al interior. Lo bueno está dentro por el calor. ¡Habrá trabajo para ti... si me quitas deseo a mí!

Cuando, como ciego en éxtasis erótico, se puso de puntillas —¡era menos que bajo!— para tantear mis pechos, le dejé con el aliento como nata repentina; de un rodillazo en el gozne quedó con la afición carnal en los puros congojos.

(Ya van dos).

La tercera (parecía hembra) ni me tocó, un poco me miró de soslayo.

—Dormirás sin morir —susurraba en impalpable telaraña viciosa. Yo buscaré tus pulsos con los dedos, las yemas de ellos que es donde más fino se siente. También con la lengua, sólo su punta de seda. Iré como mariposa por entre el vello... y al despertar seremos un solo amor.

Gobernaba la bifurcada lamedora un taller de costura del que sería yo pincha con el compinchaje de las ya probadas oficialas.

A punto de caer otra vez dentro de mi sueño, ronqué para ella encorvada sobre mí misma por la fatiga:

—¡Mierda!

Y ya llevamos tres, ¿no?

¿Qué y cómo les diría yo?

Contar hasta tres sin poder salir del entrepaño seco del sueño es como batanear ropas tejidas con lija en el arroyo convertido en cloaca de miel de abejas gigantes. ¿Qué sé yo?

Válganme ustedes y duerma yo el instante de un segmento de péndulo. O como Napoleón que saciaba su necesidad con un solo ojo.

Mas ni eso tendría yo, malnacida en peor hora.

Me obligan los párpados con su gorda carnosidad, cortinones viejos, sucios, de casa deshabitada... ¡Válgame ahora el cielo! Tal vez la suave pero espesa piel de vaca, en el vientre abultado de res preñada, por encima de las ubres...

Oiga, ¿qué tal una siesta sobre la tibia blandura líquida de esa ubre grande como un globo?

Alguien me dio una patada en el ombligo mismo.

Era el Jefe de Negociado.

A dos pasos, reía con saliva como aceite de fritura vieja, ella, su pegote conyugal.

No seme impacienten.

Ya sé que digo todo oscuro y a medias.

Mas, ¿qué otra cosa puede salir de magín sin savia, de cuerpo sin temple, de ojos sin paz?

Pero ordenaré, ordenaré... or-de-na-ré. Y que no repita muchas veces la palabra, porque será fácil que

me crea mecida, dormida. ¿A que suena a introíto de misa cachonda?... Ordenaré, ordenaré, ordenaré...

Yo, Nancy, seis días sin sueño, seis dormidas menos, al fin a cuatro horas menos —¡ración de castigo!— por día, les contaré al fin cuánto me ha ocurrido además de lo ya entredicho como noticia construida de soportes y bostezos. No se quejen.

Primera noticia. No puedo ni con el alma. Y sin ella el cuerpo pesa como mercurio prensado, como pastillas de caldo concentrado. Un cuerpo sin alma —y ya no divago más— es como bizcocho suflé, chafado porque se enfrió, como teta de vieja.

—Yo Nancy —la narración empieza en este punto y hora— tengo una escoba en la mano.

Esoy en la pista de baile.

En la Agencia de Colocaciones me dijeron como a San Agustín al pie del árbol (toma y lee):

—Ve y barre.

—¿En dónde?

—¿Estás tonta?

—En la pista.

—¿De correr, de patinar o de qué?

—Pista de barrer con escoba, pista de baile. Despierta o irá otra.

Fui, vi y casi desperté del asombro.

Aquello era la pista de la danza. ¡¡La explanada constituida por el puente levadizo que, al alzar hasta casi la vertical las hojas de la móvil calzada, permitía la entrada de los barcos hasta el corazón mismo de la ciudad!!

¿Recuerdan aquella voz-eco de que les hablé?

Otra vez ordenó sin imperio pero con firmeza:

—Barre, Nancy... ¡Arre, barre!

Todo fue empezar. La escoba me remolcaba. La acción de barrer era diligencia suya. A mí se me iban las manos, palo abajo, para dormir en el cepillón áspero que se me antojaba, lo sentía muelle.

La explanada —cien metros de longitud por cuarenta o más de anchura— parecía enorme verbena, porque ya era caída la tarde y el testimonio de la

guirnaldas y los farollillos no permitía duda alguna. No me lo creerán. Las guirnaldas eran ojos cerrados de carne y cartílago y los farolillos almohadoncillos, como sesos humanos. Ojos de borrachos, enrojecidos; ojos de extenuado, a medio cerrar que miraban por través de las mustias pestañas. Ojos de marfil, envidiablemente enteros, de recién nacido al despertar, al descanso después de horas largas de buen dormir.

¿Me siguen?

Barría la escoba y yo quería ahormar el cuerpo a su ritmo, no para poner fuerza de que carecía, sino para valerme del palo como camastro de urgencia y del escobillón para acomodo de la cabeza.

Cientos, tal vez miles de cuerpos ocupaban enteramente la explanada. Bailaban incitadoramente para mí porque lo hacían al compás de canciones de cuna: «Duérmete niño que viene el coco...» «Este niño tiene sueño, este niño va a dormir, un ojo tiene cerrado el otro a medio abrir».

La escoba barría como si ellos, la apretada muchedumbre sudorosa no estuviera. Su barrer no era un barrer cualquiera, el barrer de una escoba vieja como ella, sino más bien la delicada y exigente labor del plumero que pasa por entre porcelanas o quizá más exactamente la de la pinza quirúrgica que busca el punto neurálgico dentro de la masa palpitante de carnes, sangres y orgánicas piezas interiores. Recuerdo, creo yo, que al discurrir por encima de los bailantes, éstos reían como si celebraran las cosquillas del escobillón rústico. Iba la escoba a lo suyo, estaba claro. Como quien hace montón con la suciedad recogida, logró reunir en un punto del bullicio a los cuatro de mi pena errante; al Jefe del Negociado que dije, a ella su adherida, al de coloniales y a la inestable sexual; inestable o invertida para ser más claros. Los iba llevando a empellones que no dejaban resquicio a la fuga a pesar de que él intentara dar quiebro al ímpetu y la lesbiana rompiera a llorar puesta de rodillas. ¿Se percatan ustedes o no? Veámoslo otra vez. La expla-

nada atiborrada de personal hecho masa bailadora. Y como quien hace caminos en la arena, la escoba selectora, mi escoba, porque yo ni quería ni podía desasirme de ella. Restos desconcertados de la barredura, los cuatro fueron cuidadosamente colocados, uno tras del otro justo sobre la división de la calzada, allí por donde el puente se abría.

Primer escobazo y él se puso firme. Otro y se abrió de piernas. Una sobre la parte de allí del puente; la otra en el opuesto.

Segundo escobazo y haciendo cremallera humana, trenzado de terror con su cónyuge, ella.

Tercero, igual.

Y cuarta, la costurera o peinadora lengüetona de vellos.

En este momento, comencé yo a sentir dolor en el vértice mismo de mis muslos, mas lo atribuí al sueño que por todas partes inventa dolores. Yo creo que el mío iba sincronizado a los gestos que, para compadecerse de sí mismos hacían los cuatro. Cuanto más arreaba la escoba entre sus piernas, simulando puente agudo por donde algo podría pasar, más intenso era mi dolor.

Y por bajo los cuatro pasamos la escoba —¡fálico impulso bestial!— y yo en rito parecido a un parto. A todo esto, los otros, la gente trocada en gentío bailaba como si tal cosa.

Después —¡ya era hora!, me dije— volé con la escoba.

Mejor y más cómodo que sobre alfombra oriental.

Casi tocábamos las cabezas de los que bailaban. Y nos hicimos canutillo para pasar no sé cuantas veces por entre las piernas abiertas de los malditos cuatro.

Debí dormir una pizca, porque la escoba hizo una zambullida en las aguas de la estable ría en la abundosa justeza de la pleamar. Ni el río podía hacia abajo ni la mar hacia arriba. La escoba se deslizó sobre aquella fácil superficie y dejó mi cuerpo en el muelle recio y alto sobre el que estaba la maquinaria que movía las hojas del puente cada vez que la sirena

del barco lo requería. Rebruñía de aceite toda la compacta familia mecánica del artilugio, pero más aún, la palanca que salía de su parte central. Sobre el dolor de la entrepierna, sentía ahora el pinchazo del astillado palo de la escoba que me empujaba con despiada instancia. Fue tan recio el empujón que para no caer me aferré a la palanca que se vino para abajo, sin un mal chirrido; se conoce que allí el aceite era terciopelo de garantía para la suavidad de la máquina.

Todo lo siguiente fue muy de prisa, muy profundamente hiriente.

La escoba parecía delfín en plena juerga acuática. El agua con gotas de grasa se le quedaba en la paja y los mimbres de su estructura, de manera que figuraba cabeza de mujer enjabonada. Como los hombres cuando bucean, el palo era lo último que se veía en el repetido ejercicio. Una de las veces, pareció querer decirme algo porque me salpicó hasta la cara y de pronto, de la suciedad brotó un haz de luz que abierto en abanico me permitió ver con espanto embadurnado de sueño lo que estaba ocurriendo. La palanca había puesto en acción elevadora la máquina aquella, de Dios. En el colegio nos dijeron que Santa Teresa veía caer como copos de nieve a las almas destinadas a alguno de los infiernos que hay o debe haber al otro lado de la vida, de esta vida que, al menos para mí, era hasta la fecha peor que infierno. Pues así caían para el agua los bailarines de arriba, pero sin dejar de danzar, como si bajo sus pies no faltara la calzada que ya no era horizontal sino crecientemente oblícua. No todos corrían idéntica suerte: algunos se incrustaban en los engranajes de la máquina que tras recibirlos con ruidos de chapoteo sangriento parecía funcionar mejor.

Me dolía tanto mi propio ser mientras todo ocurría que no se por qué olvidé a los cuatro que arriba habían estado. Miré y ¡¡aún duraban allí, abiertos, fina y consumadamente rotos, sin embargo retenidos por sus propios pelos asombrosamente largos, único nexo de unión entre sus partes separadas por la fuerza de

apertura del maquinón de abajo en donde yo estaba junto a la escoba que reía desde el luminoso escobillón mojado!!

A derecha y a izquierda caían y caían sin cesar los infatigables bailarines de la demencial verbena. Pero el dolor estaba en el centro en el desgajar de los cuatro y en el mío propio. Tan hondo me entró el último ay, que el sueño se me fue de golpe y... todo lo vi perfectamente nítido.

En efecto y como antes dijera yo o alguien, la realidad era muy otra...

* * *

Nancy fue encontrada en el lujoso aseo millonario, sin mover el cuerpo del inodoro de mármol negro. Estaba a punto de expirar toda rodeada de sangre en coágulos que en algo recordaban la superficie negruzca y grasienta del agua de la ría.

¡Había sido violada cuatro veces mientras dormía insensible!

Pero el último, seguramente la última, le clavó una escoba sucia allí en donde Nancy sintiera placer por imitar al perro del alcorque. El palo estaba un palmo dentro. El escobillón esta vez no reía. Me consta que lloraba lágrimas grises de polvo y desperdicios del suelo.

A aquella misma hora, que es cuando los empleados del Negociado de Festejos fijan carteles anunciadores en las paredes de la ciudad, el Ayuntamiento invitaba al vecindario a la Gran Verbena que tendría lugar en el puente levadizo de la ría. El señor alcalde hace saber. La ciudad por su lado no sabía nada. Y menos que ella, Nancy que, con una mano cogida por la muerte, dormía sin que nadie perturbara su sueño.

El regreso

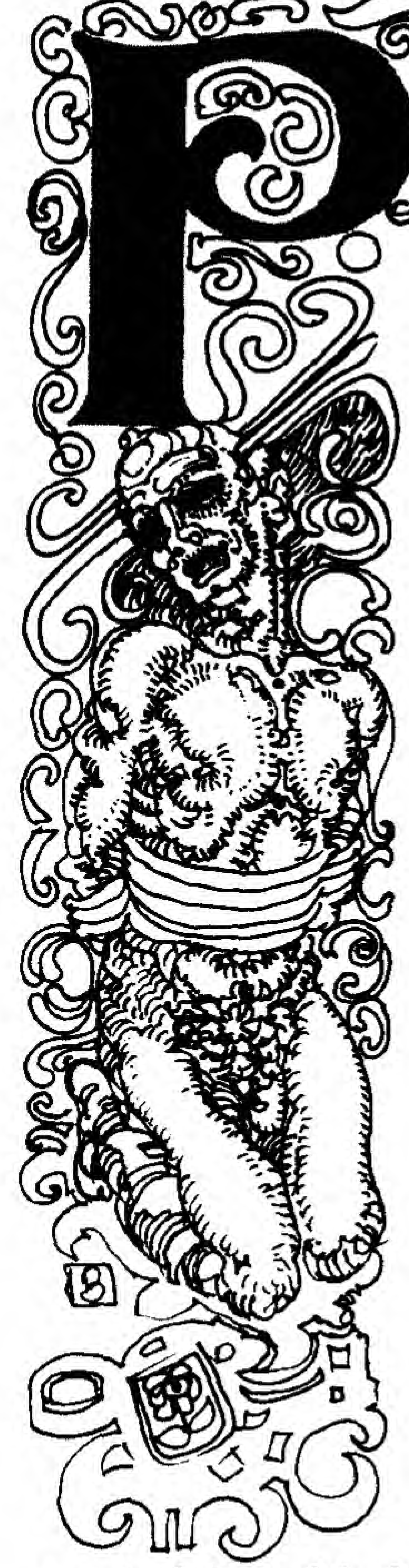




El regreso

Rodrigo Alsuna

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué pretendían aquellos hombres que parecían presentarse como viejos conocidos y que impertérritos y con voz opaca se limitaban a decir: «somos nosotros»?



PAULA disminuyó el volumen de la televisión al oír unos golpes en la puerta del porche. ¿No funcionaba el timbre? Abandonando su labor de punto salió al vestíbulo. Dos sombras se reflejaban en el cristal de la ventana aneja a la puerta. Dudó un momento y en seguida descorrió el pestillo: los dos hombres la miraron a los ojos de una forma que le resultó dolorosa. Nadie habló durante unos segundos.

—Mi marido no ha llegado todavía —dijo ella finalmente a sabiendas de que era lo único que no le convenía declarar.

—Somos nosotros —repuso uno de ellos con voz opaca sin dejar de mirarla.

—Yo... lo siento —adujo confusa—. Mi marido...

—Somos nosotros —repitió el que había hablado antes, y levantando la mano derecha la hizo girar de forma que quedó a la altura del rostro de Paula. Algo brillaba intensamente incrustado en el centro de la palma, algo más fúlgido que un diamante y tan brillante como una estrella. Paula se sintió desfallecer cuando aquel frío resplandor penetró por sus ojos.

—Somos nosotros.

—Mi marido... estoy sola —balbució. Y dando un paso atrás cerró lentamente la puerta. Tuvo que apoyarse en ella un momento para no caer desvanecida.

—Somos nosotros —creyó oír una vez más a través de la madera.

Cuando Germán regresó una hora más tarde, ella le narró la visita de los desconocidos. El rostro de su esposo se fue ensombreciendo a medida que avanzaba el relato.

—¿Qué querían? —preguntó con voz ahogada.

—No lo sé; les dije que tú no estabaas.

—¿Preguntaron por mí?

—No... no exactamente —explicó Paula—. Les dije que tú no habías llegado porque me pareció que te buscaban.

—¿Te pareció...?

—No lo sé —declaró ella confusa—. Se limitaron a decir: «Somos nosotros», como si se tratara de viejos conocidos. Yo pensé que podrían ser amigos tuyos.

—¿Amigos míos? —dijo él para sí.

—Uno de ellos me mostró la palma de su mano. Había algo incrustrado en ella que me dio miedo. Algo que brillaba como un diamante, una luz...

—La noche es muy oscura —manifestó él con un hilo de voz y palideciendo ostensiblemente—. Quizá fuera una linterna.

—No era una linterna. Era algo que brillaba sin iluminar, un resplandor que penetró hasta mis huesos. ¿Los conoces? —preguntó mirando fijamente a su esposo. Este permaneció silencioso y se llevó a los labios el vaso de whisky.

—No puedo saberlo. No los he visto.

Germán adujo que no tenía apetito y se limitó a tomar un vaso de leche. Al filo de las doce se fueron a la cama, y Paula pensó que había dado demasiada importancia a lo que seguramente era una equivocación. Se durmió intentando creer que lo que había visto en la mano de uno de aquellos individuos era una linterna, o quizás una chapa en la que se había

reflejado la luz del vestíbulo. La seriedad de la pareja podía hacer pensar que se trataba de agentes de policía.

Se despertó en el transcurso de la noche y contempló un momento a Germán que dormía apaciblemente. Las cortinas habían quedado descorridas, y durante el tiempo en que permaneció en vela, una estrella muy luminosa, quizás el lucero del alba, apareció en un extremo de la ventana y fue moviéndose lentamente contra la negrura del cielo nocturno. En cierto momento Germán se revolvió inquieto y murmuró unas palabras que Paula no pudo entender.

—¿Duermes? —preguntó en voz baja.

Germán volvió a agitarse en el lecho. Abrió los ojos de la forma en que a veces lo hace una persona que sin embargo continúa dormida, y de sus labios escapó una exclamación:

—¡No! —gritó, y acto seguido comenzó a hablar agitadamente con voz gutural en una lengua que Paula no conocía, pero cuyas inflexiones le causaron pavor. Cuando Germán volvió a quedarse dormido, ella miró hacia la ventana: la estrella había recorrido todo el espacio visible a través del cristal y se ocultaba tras el marco metálico.

—Anoche hablabas en voz alta —dijo ella mientras le servía el desayuno.

—¿Y qué dije?

—No lo pude entender. Parecía una pesadilla y estabas asustado.

—Nada de particular —añadió él escondiendo el rostro tras la taza de café.

—¿Si vuelven los de anoche? —preguntó Paula.

—No volverán, por lo menos durante el día —sentenció sombrío.

—Puedo decirles que has salido de viaje.

Germán denegó con la cabeza y alegó:

—No serviría de nada.

—Dime, ¿son policías? ¿Ha pasado algo que yo deba saber?

—Ya te dije que no los he visto, en consecuencia no sé de quién se trata —repuso con cierta brusquedad.

Mientras efectuaba las labores de la limpieza, Paula tuvo la impresión de que alguien la vigilaba. Al asomarse para tender unas prendas de ropa, observó la calle detenidamente y prestó especial atención a los coches aparcados en los alrededores, pero no pudo ver a nadie. A media mañana sonó el teléfono.

—¿Diga? —preguntó junto al micrófono. Hubo una pausa y se oyeron unos chasquidos, después alguien respondió desde el otro lado del hilo.

—«Somos nosotros» —dijo la voz opaca.

—¿Quién es? —preguntó Paula alterada—. ¿Quién es?

—«Somos nosotros» —repitió el anónimo comunicante.

—Paula colgó el aparato con brusquedad. No bien lo había hecho cuando sonó nuevamente.

—¡Qué es lo que quieren! —gritó.

—«¿Paula?».

—Oh, eres tú —dijo aliviada.

—¿Quién querías que fuera?

—Acaban de llamar los de anoche —manifestó con agitación—. Sólo repiten: «Somos nosotros, somos nosotros». Por el amor de Dios, ¿quienes son?

—Te repito que no lo sé. Ya se aburrirán... Escucha —pareció que vacilaba un momento—. Esta noche tengo trabajo.

—¿Trabajo? ¿Hasta qué hora?

—Tenemos que hacer el balance. Es posible que dure hasta la madrugada.

Paula tuvo la impresión de que su marido estaba mintiendo.

—¿En el mes de octubre?

—Seguramente pasaré la noche en la oficina, así que no me esperes —repuso él, haciendo caso omiso de su pregunta.

—¿Y si vuelven?

—No volverán. En todo caso no abras la puerta a nadie.

—Pero...

—Lo siento —manifestó él—, no puedo continuar hablando ahora. Tengo que colgar.

Apenas había oscurecido, cuando Paula echó la llave a la puerta y recorrió cuidadosamente toda la casa para asegurarse de que niguna ventana había quedado abierta. Cenó frugalmente y llamó por teléfono a algunas amigas con la intención de tener un rato de charla, pero sólo una respondió a su llamada y su conversación eran tan insulsa que prefirió no dilatar mucho tiempo el coloquio.

Hojeando el periódico advirtió que en la televisión pasaban una película que era de su gusto, y entrando en la cocina se dispuso a fregar la escasa vajilla a fin de disfrutar de la proyección sin ningún tipo de remordimientos ni inquietudes.

Estaba colocando una fuente en el escurreplatos, cuando le pareció que había oído un susurro. Volviendo bruscamente la cabeza prestó atención procurando hacer el menor ruido. Apenas había retornado a su tarea cuando escuchó de nuevo el murmullo que parecía provenir de las proximidades del fregadero.

Se acercó lentamente a las pilas y pasó la mano por su suerficie enjugando mecánicamente unas gotas de agua. De pronto, permaneció petrificada. A través de los grifos llegaba hasta sus oídos una voz apagada que musitaba lentamente: «Somos nosotros, somos nosotros.» Aproximó una mano temblorosa a las tuberías y permitió que el agua saliera a chorro. La voz quedó ahogada por el borbotón líquido.

Al cabo de un rato tuvo que reducir el volumen, porque el desagüe no era capaz de dejar escapar aquel caudal con la necesaria rapidez, y el nivel del agua llegaba ya casi al borde de las pilas. Cuando interrumpió completamente la salida del líquido, en la cocina no se oyó nada más que el vibrar del frigorífico y algún ocasional chasquido procedente de las

pinzas que el aire movía en las cuerdas del tendedero. Paula se sentó en un taburete y se pasó una mano por la frente como para borrar un mal recuerdo. Con toda seguridad su imaginación le había jugado una mala pasada.

Acudió al comedor al oír el timbre del teléfono, pero una vez junto al aparato prefirió no responder. Probablemente sería la extraña pareja, que pretendía asustarla.

A fin de ahogar el sonido del teléfono conectó la radio, y, levantándose de nuevo, tomó una fotografía enmarcada en la que aparecían Germán y ella cuando todavía eran novios. Al observarla consideró cuán ingrata es la maturaleza con la mujer: cuando el hombre se hace mayor y sus sienes se platean empieza a ser considerado «interesante», en cambio la mujer, por regla general, se aja mucho antes y deja de competir en la carrera de los sexos, pasividad a la que contribuye el estado en el que el hombre la ha situado. Pero lo que había dado pie a semejantes reflexiones era la contemplación de la fotografía. Nunca hasta este momento se había dado cuenta de lo poco que afectaba a Germán el paso del tiempo. Si volviera a feitarse la barba y a adoptar su antiguo peinado, nadie hubiera podido decir que no era el mismo de hacía diez años. Por fin comprendió que el motivo que la había impulsado inconscientemente a tomar la fotografía era el asunto del guante.

Durante los tres meses escasos que duró su noviazgo, Germán había mantenido su mano derecha enfundada en un guante de cuero. Una afección de la piel, según confesión propia, le forzaba a mantener aquella parte alejada de la luz y del contacto con el aire hasta que el proceso de curación llegara a término. Ni siquiera en los momentos de mayor intimidad se despojó de aquel guante. Próxima ya la fecha de la boda, apareció un día con la mano simplemente vendada, y poco a poco, el tamaño del apósito fue disminuyendo hasta convertirse en una sencilla tirita. Cuando, finalmente, la mano quedó libre, Paula no

pudo percibir el menor rastro de la afección que había determinado el ocultamiento de aquel miembro. En la fotografía aquella, Germán sonreía a la cámara y su mano enguantada rodeaba un hombro de Paula.

De pronto se dio cuenta de que la música había cesado. La radio pemanecía muda, y tan sólo un leve zumbido procedente de la red de alimentación inundaba el ambiente. Tuvo la impresión de que algo terrible iba a acontecer, y cuando alguien parecía disponerse a hablar, se abalanzó sobre el aparato de radio y lo desconectó de un manotazo. Las luces parpadearon un instante amenazando con un apagón, pero en seguida, se restableció el nivel habitual de fluido. Una vibración subió desde el sótano a través de las tuberías de la calefacción de la misma forma que el aire comprimido circula por los tubos de un órgano, e inmediatamente una voz jadeante se dejó oír procedente de lugares subterráneos: «Somos nosotros, somos nosotros», repetía con la ausencia de inflexiones característica de un ingenio electrónico.

Refugiándose en un rincón de la habitación, se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos fuertemente. Cuando al cabo de unos instantes se decidió a escuchar de nuevo, no oyó más que unos chasquidos perfectamente explicables a causa del paulatino enfriamiento de los radiadores.

Al fin de distraerse y olvidar aquella obsesión, se puso a contemplar la película de la televisión, pero su pensamiento se alejó rápidamente de las imágenes y volvió a concentrarse en la mano enguantada. Cada cierto periodo de tiempo el mal parecía recrudecerse, y Germán se vendaba la mano cuidadosamente permaneciendo dos o tres días en aquel estado. Paula cayó en la cuenta de que aquellas recaídas, a las que ella no atribuyera importancia alguna, se habían producido casi siempre a finales de octubre y solían coincidir con ausencias de dos o tres días debidas a obligados viajes de negocios de su marido.

Procuró concentrarse de nuevo en la película policíaca. Dos hombres descendían de un coche y se

aproximaban a un chalet rodeado por un pequeño jardín. Cuando uno de ellos pulsó el timbre de la puerta, Paula se sintió confusa al creer que, simultáneamente, había sonado el de su propia casa. Entonces se dio cuenta de que el chalet que aparecía en la pantalla era su vivienda, y los dos hombres de la película eran los mismos que habían llamado a su puerta la noche anterior. Uno de ellos pasó a primer plano, y ya se entreabrían sus labios para decir algo, cuando Paula cortó el sonido. Sus ojos, no obstante, no pudieron despegarse de la pantalla y muy a su pesar leyó en los movimientos de la boca del desconocido: «Somos nosotros.»

Se acercó de puntillas al vestíbulo, y descorriendo lentamente la mirilla vio unos ojos fijos en los suyos. Un momento antes de desconectar el televisor pudo comprobar que la pareja se alejaba unos metros y permanecía en plan de espera indefinida. La salida estaba bloqueada y lo único que la tranquilizaba era saber que las ventanas estaban sólidamente enrejadas y la puerta era prácticamente inexpugnable.

Se le pasó por la imaginación llamar a la policía, pero prefirió consultar antes con Germán. Cuando sus dedos se disponían a formar el número, supo que era inútil marcar. La opaca e inhumana voz chocó contra sus tímpanos y colgó apresuradamente antes de oír el consabido mensaje.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué pretendían aquellos hombres que parecían presentarse como antiguos conocidos? ¿Estaba comenzando a volverse loca, o era cierto que su presencia se hacía sentir a través de los objetos de uso cotidiano? ¿Acaso buscaban a los anteriores propietarios de la casa? Pero algo en la actitud de Germán le decía que él sí sabía quiénes eran:

Pensó que lo mejor sería acostarse tras haber ingerido un somnífero que la hiciera dormir profundamente y por la mañana tomaría una determinación.

Sumergida ya en las brumas del sueño artificial, una pequeña luz permanecía encendida en el fondo de su mente, una señal inconsciente de alarma que le im-

pedía alejarse por completo de la vigilia. De pronto se oyó un fuerte golpe que la desveló, e incorporándose con dificultad en el lecho exclamó en voz alta: «¡La chimenea!».

El único lugar de acceso no protegido era aquella salida de humos. Cuando mandaron construir el acogedor hogar en el salón consideraron que la embocadura era tan estrecha que en ningún caso permitiría ni siquiera el paso de un niño, cuanto menos de un hombre.

Luchando entre el sopor producido por el somnífero y el deseo de saber qué había producido aquel golpe, se mantuvo unos minutos erguida sobre los codos, y realizando un supremo esfuerzo salió tambaleándose camino de la sala de estar.

Al aproximarse a la chimenea le pareció que algo brillaba entre la leña quemada, quizás un resto de brasa, pero al acercarse más su cuerpo fue sacudido por un temblor: entre los residuos de la madera calcinada había una mano, y en el centro de su palma una luz brillaba con cruel intensidad. De pronto algo descendió rozando las paredes de las salidas de humos y fue a caer aparatosamente levantando una nube de cenizas, que, cuando se aquietaron, permitieron a Paula contemplar que lo que se había precipitado desde el tejado era un brazo humano. A continuación y como en una increíble pesadilla, aquel brazo comenzó a reptar y, aproximándose a la mano, se unió a ella de forma sólida. Un instante después una cabeza rebotó contra el hogar. Unos ojos muy abiertos se fijaron en los de Paula, y una boca comenzó a a abrirse para emitir unas palabras que ni el alarido de la mujer consiguió ahogar: «Somos nosotros», salió de aquellos labios, y a continuación la cabeza se aproximó a la parte superior del brazo.

Antes de que el siguiente fragmento se precipitara chimenea abajo, Paula huyó aterrorizada y se encerró en su dormitorio echando la llave con mano convulsa. Su mente, obnubilada por el narcótico, luchaba por despertar por completo. Intentó correr una cómoda

para situarla tras la puerta, pero sus fuerzas no fueron suficientes y tuvo que renunciar.

Arrebujada entre las mantas fue oyendo sucesivos golpes en la chimenea hasta que un prolongado silencio le hizo entender que aquel hórrido desprendimiento había llegado a su fin. El somnífero continuaba produciendo su efecto, y los ojos de Paula iban cerrándose muy a su pesar. Entre brumas vio la figura de su esposo antes de que se casara con ella. Su mano enguantada se destacaba como algo inmenso y obsesivo, y en la pesadilla originada por el fármaco que había ingerido, creyó ver que el cuerpo de Germán se iba descuartizando y recomponiéndose en otro lugar.

Un soplo helado sobre su rostro la despertó. El reloj señalaba las cuatro y veinte. Miró hacia la ventana, que se encontraba cerrada, e incrustado contra la negrura del cielo vio un luminoso astro, que atravesaba el espacio con gran lentitud. Su brillo era frío, y su luz no parpadeaba como la de las demás estrellas. Unos rasguñeos la devolvieron a la terrible realidad. Alguien arañaba la madera de la puerta. «Somos nosotros», murmuró una voz y por primera vez desde que comenzaron aquellos extraños acontecimientos, añadió: «Tienes que regresar».

—¡Váyanse —gritó Paula con voz histérica.

El timbre del teléfono situado sobre la mesilla de noche resonó estremeciéndola, y sin pensar en lo que podía surgir a través del micrófono, lo tomó precipitadamente.

—¡Socorro! —exclamó—. ¡Estoy en peligro!

—¿Paula?

—¡Germán! ¡Ayúdame, te lo ruego! ¡Regresa!

—¡Cálmate, querida —la voz de Germán era extremadamente tranquila—. No hay nada que temer.

—¡Van a entrar! ¡Están ahí fuera! —gritó ella fuera de sí.

—Yo te diré lo que tienes que hacer para protegerte.

—¡Ven, por favor!

—Abre el cajón de mi mesilla —pidió Germán con calma. La luminosa estrella proseguía su camino a través del hueco de la ventana—. Encontrarás un guante que yo me pongo cuando mi mano se encuentra bien. Póntelo.

—Pero, ¿qué puede importar...?

—Te ruego que sigas mis consejos.

Paula rebuscó en el cajón hasta que dio con el guante, calzándoselo acto seguido.

—Ahí no, en la mano derecha —pidió German. Paula obedeció automáticamente, sin preguntarse nada.

—¿Qué hago ahora? —inquirió ella aterrada.

—Permanece tranquila donde estás. Ahora tengo que despedirme. Te deseo que tengas buen viaje.

—¡Germán! ¡En cuanto me vean moriré de terror!

—No te inquietes, querida —repuso Germán pausadamente—. Son ciegos. Tan sólo verán tu mano derecha, y esto será suficiente.

Acto seguido se cortó la comunicación y Paula, al sentir un fuerte escozor en la palma, se despojó del guante. En el centro de su mano brillaba una fría luz que hirió ingratamente sus ojos. Rozó con sus dedos la piel, pero resultó inútil. La estrella de su mano lucía con el mismo esplendor que la que, en el espacio, estaba ya alcanzando el marco metálico de la ventana.

La luz que entraba por la ranura bajo la puerta se interrumpía de vez en cuando. El picaporte giró repetidas veces, pero la cerradura era sólida y no cedió. Luego hubo un largo silencio. Paula sumergió su mano en el lavabo y se la restregó con una esponja vegetal hasta que la piel llegó a escocerle. Cerró el puño con fuerza, pero, incluso a través de las rendijas dejadas por los dedos, era visible el frío resplandor de aquella cosa. Por un momento pasó por su imaginación una idea terrible, pero entonces el caudal de agua disminuyó sensiblemente y unos jadeos provenientes del grifo inundaron el cuarto de baño.

Envuelta en las mantas escuchó atentamente. En el pasillo no parecía haber ya nadie, o por lo menos

hasta el dormitorio no llegaba ningún ruido. No obstante, Paula presentía que los desconocidos se hallaban más cerca de ella. De pronto algo comenzó a resbalar por la ranura bajo la puerta, una especie de fluido viscoso y de aspecto sanguinolento que fue extendiéndose por el piso y se concentró en uno de los rincones de la habitación hasta constituir un gran charco de sangre. Después, nuevas oleadas de materia se deslizaron por aquel mismo lugar, y mezclándose con la sangre formaron una masa que comenzó a tomar forma y a crecer a medida que aumentaba la afluencia de aquella sustancia. Poco a poco, ante los horrorizados ojos de Paula, fue moldeándose el cuerpo de uno de aquellos hombres desconocidos, y cuando se hallaba todavía borroso e informe, nuevas oleadas de materia orgánica fueron deslizándose hacia un lugar próximo a donde se estaba obrando aquel monstruoso prodigio.

Paula, ocultando su mano derecha en las profundidades del lecho, asistía atónita a aquel fenómeno incapaz de mover un solo músculo. Pero antes de que la reconstrucción de los cuerpos llegara a término, se produjo un receso y una vuelta atrás. De nuevo fueron desdibujándose las formas, y tras unos instantes de reposo, el proceso recomenzó por una vía distinta. Los tejidos, los huesos y los distintos órganos se agruparon de forma diferente, surgieron nuevos y horrendos perfiles, y al cabo de un tiempo que a Paula le pareció interminable, dos espantosos monstruos ciegos se tambaleaban ante su cama. «Somos nosotros», babeaban unas increíbles bocas; «tienes que regresar». La luminosa estrella parecía detenida en el cielo nocturno.

Paula se levantó de un salto cuando aquellas cosas comenzaron a aproximarse a su cama. Las deformes cabezas parecían carecer de órganos de la visión, y ocultando su mano derecha detrás de la espalda, avanzó pegada a la pared con intención de alcanzar la puerta, pero la luz de su mano se hizo tan fúlgida que aquellos dos seres, atraídos sin duda por la hiriente

luminosidad que de algún modo percibían, avanzaron vacilantes en pos de Paula, la cual, descorriendo la cerradura, se precipitó fuera de la habitación y corrió pasillo adelante hasta que se detuvo al ver una tambaleante masa ocultando la puerta de la calle.

Corrió por toda la casa como una exhalación y penetrando en la cocina, abrió uno de los armarios donde guardaba la cubertería. Tomando con mano temblorosa el gran machete de cortar la carne lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre su muñeca desnuda. Se oyó un grito espantoso y la mano derecha de Paula rodó seccionada hasta un rincón de la habitación, mientras ella se desplomaba exánime.

Cuando se oyeron en el pasillo grandes zancadas que se acercaban a la cocina, la mano derecha, en cuya palma continuaba luciendo la singular estrella, se puso en movimiento, y caminando con ayuda de sus dedos, se aproximó al brazo del que había sido seccionada y volvió a unirse sólidamente a él.

Al volver en sí Paula se sintió sujeta por unos miembros viscosos que la arrastraban hacia el exterior de la casa. Aunque hubiera deseado gritar, no podía hacerlo; el terror que la embargaba era de tal naturaleza que su garganta estaba atenazada por una garra helada. Los nauseabundos seres la arrastraron sin compasión hacia la parte trasera de la casa, y una vez allí, levantando sus deformes cabezas hacia la estrella más brillante, permanecieron inmóviles hasta que los tres cuerpos ser fueron deshaciendo lentamente para volver a reconstruirse en un lugar muy lejano.

* * *

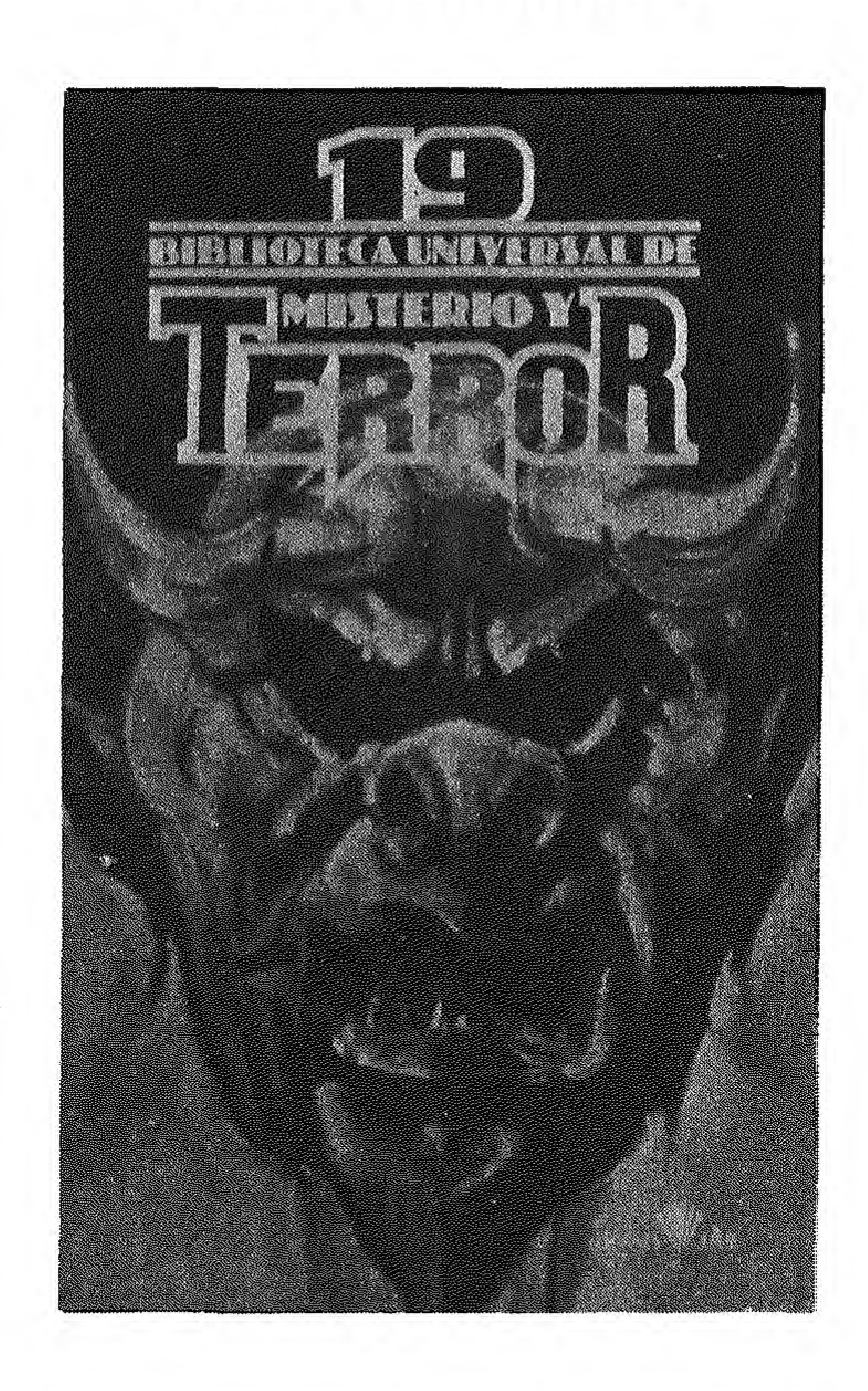
Sobre las ocho de la mañana Germán volvió a casa. Ordenó la ropa de la cama, limpió el machete de cortar la carne y tomó una ducha. Después, situándose delante del espejo, fue recortándose la barba hasta que su rostro quedó completamente libre de vello. A continuación se peinó con raya al lado izquierdo y,

lanzando una última ojeada a su imagen, sonrió al encontrarla de su agrado.

Una vez en el dormitorio se cercioró de que su guante se hallaba de nuevo en el cajón de la mesilla, y mientras lo acariciaba de manera mecánica, se sintió satisfecho por haber escapado una vez más al regreso. Necesitaba encontrar a alguien que se mantuviera cerca de él. Por lo menos hasta octubre del próximo año.



PROXIMA APARICION



LOS HORRORES DEL CASTILLO DE MAGSON

LA CANA

EL JARDIN JAPONES

LOS SUCESORES

OPERACION DRACULA

EL NACIMIENTO DE VENUS

TRAS LOS ARBOLES ... BAJO LAS AGUAS

RR

18

LAS PROFUNDIDADES

LA CONJURA DEL CAOS

EL INCENDIO

CITA CON EL DIARIO

AMARGA CONFESION

EL PUENTE LEVADIZO

EL REGRESO